

HARTZENBUSCH, JUAN EUGENIO (1806 – 1880)

LOS POLVOS DE LA MADRE CELESTINA

PERSONAJES

DON JUNÍPERO MASTRANZOS
MAESE NICODEMUS CHIRINELA
CELESTINA
DON GARCÍA VERDOLAGA
TERESA
CIGARRÓN
ESPARAVÁN
UN MOZO DE POSADA
UN PORTERO
UN CARBONERO
CUATRO LAVANDERAS
DOS ESTUDIANTES
DOS MOZOS DE SILLA

La acción principia en Madrid y concluye cerca de Huesca, y pasa a fines del siglo XVII.

ACTO PRIMERO

Botica con dos puertas a los costados y dos ventanas en el fondo para despachar. Una mesa, un mortero grande, un sillón, etc.

Escena I

MAESE NICODEMUS y ESPARAVÁN.

MAESE NICODEMUS y ESPARAVÁN *en la botica; parroquianos de ésta en la calle, agrupados a las ventanas.*

PARROQUIANO 1.º. -Maese Nicodemus...

PARROQUIANO 2.º. -Señor Chirinela...

PARROQUIANO 3.º. -Maese Nicodemus Chirinela...

TODOS. -Mi receta, pronto.

NICODEMUS. -Ya voy. Esparaván, despacha.

ESPARAVÁN. -Voy, maese.

PARROQUIANOS. -Mi receta, mi receta.

NICODEMUS. -Callen y aguarden vez. ¿Quién está primero?

TODOS. -Yo, yo, yo.

NICODEMUS. -¡Silencio! ¿Para quién es el caldo de víboras?

PARROQUIANO 1.º. -Para mí. (NICODEMUS y ESPARAVÁN *despachan a los parroquianos, yendo de la mesa y volviendo.*)

NICODEMUS. -Tome y escape. ¿A ver qué es esto? «Bálsamo del (*Lee*) cura de Tembleque...»

UNA MUJER. -Yo soy.

NICODEMUS. -¿Sois vos el cura? Vuestra enfermedad quisiera yo ser.

ESPARAVÁN. -Licor de guijarros.

PARROQUIANO 2.º. -Venga.

NICODEMUS. -¿Quién lleva el emplasto de manjar de los Dioses?

PARROQUIANO 3.º. -Acá.

NICODEMUS. -Vaya allá.

PARROQUIANO 3.º. -¡Huf! Maese Nicodemus, el manjar de los Dioses huele a demonios.

NICODEMUS. -Dios no hay más que uno: los demás son falsos y huelen a infierno. ¡Oh, quién asoma por allí! Esparaván, sirve a esa gente. (ESPARAVÁN *despacha a los parroquianos y se retiran.*)

Escena II

CELESTINA, *dichos.*

NICODEMUS. -¿Qué os trae a mi casa desde Mahudes, madre Celestina?

CELESTINA. -Vengo a Madrid para daros un aviso.

NICODEMUS. -Desde luego digo que no dejará de ser importante. Siempre que me habéis visitado, me habéis traído noticias lisonjeras: la última vez me pronosticasteis que mi mujer se moriría en veinticuatro horas. ¡Qué miedo tuve de que os dejara por embustera!

CELESTINA. -Yo no me equivoco nunca, maese Nicodemus.

NICODEMUS. -Aun por eso dicen malas lenguas que sois... ¡Disparate como él! Porque tenéis en vuestro sótano untos y redomas ¡habéis de ser bruja! Untos y redomas tengo yo, y soy boticario.

CELESTINA. -Y no tenéis nada de hechicero.

NICODEMUS. -A vos hubiera yo querido hechizaros. Pero vos no habéis permitido que la receta de vuestro matrimonio se despache por mi oficina.

CELESTINA. -Os lo he dicho repetidas veces, insigne Chirinela: si he de casarme, ha de ser con un joven.

NICODEMUS. -Un joven, un joven... No debéis olvidar que vuestra fecha es ya respetable.

CELESTINA. -Pues aunque parezco mujer de días, no se me conocen mis años.

NICODEMUS. -¿Tenéis menos que representáis?

CELESTINA. -Tengo más.

NICODEMUS. -Entonces habréis conocido al quinto abuelo de nuestro Don Carlos II, que feliz o infelizmente reina. En fin, ¿qué venís a decirme?

CELESTINA. -Que Teresita Loreto, la mojigatueta de vuestra cuñada, ya tiene novio.

NICODEMUS. -¡Como que se le he buscado yo! Es un tal Don Junípero de los Mastranzos, un ricote de Fuentidueña de Tajo.

CELESTINA. -Es Don García Verdolaga, poeta de bohardilla.

NICODEMUS. -¡Don García, nuestro vecino! ¡Un coplero, un pelgar! Pues, amiga, esa boda no la he dispuesto yo, ni la consentiré nunca.

CELESTINA. -Así tratan de suplir vuestro consentimiento.

NICODEMUS. -¿De dónde lo sabéis?

CELESTINA. -De esta carta que he cogido al criado de Don García. *(Da un papel a NICODEMUS.)*

NICODEMUS. -¡Qué escándalo! ¡Me dejáis hecho una mano de almirez, madre Celestina! ¡Atreverse a escribir de amores a una chicuela a quien educaba yo para monja por darle un dote corto, y a quien caso por no darle ninguno!

CELESTINA. -¿Qué queréis? Los poetas, con el salvoconducto de no sé qué Horacio o Curiacio, se atreven a todo.

NICODEMUS. -¡Oh! Pues aquí es preciso tomar una medida astringente, a despecho de Horacio y Curiacio. ¡Teresita, Loretito! ¡Teresa! *(Llama.)*

TERESA. -*(Dentro.)* ¡Hermanito!

NICODEMUS. -Sal corriendo.

CELESTINA. -Yo me retiro a esa pieza inmediata, porque no gusto de intervenir en negocios domésticos. *(Vase.)*

Escena III

TERESA, NICODEMUS, ESPARAVÁN; *después* DON JUNÍPERO.

NICODEMUS. -Digo, niña, ¿conoce vuesamerced esta carta?

TERESA. -Sí, cuñadito: es para mí.

NICODEMUS. -¿Para ti? ¡Desenvuelta, desvergonzada! *(Sale DON JUNÍPERO.)* ¡Oh, señor Don Junípero! ¡Cuánto me alegro de veros por aquí!

JUNÍPERO. -¿Os alegráis de verme, eh? Pues con todos me sucede lo mismo. En cualquier parte que me presente, produce mi persona tanta alegría que todo el mundo se echa a reír.

TERESA. -¡Ah, ah, ah, ah!

JUNÍPERO. -Ya lo veis: también Teresita se ríe.

NICODEMUS. -Pues ahora me estaba haciendo rabiar.

JUNÍPERO. -Entretenimientos de cuñados. ¿Y por qué era ello?

NICODEMUS. -Por vos. A lo que voy viendo, no os quiere mucho.

TERESA. -Ya; pero, en cambio...

NICODEMUS. -En cambio se deja querer de otro. Esto acabo de descubrir.

JUNÍPERO. -El descubrimiento no es para brincar de gozo; pero siempre que no pase de ahí...

TERESA. -Pasará, señor Don Junípero.

JUNÍPERO. -¿Pasará? Eso sí que yo no lo paso.

NICODEMUS. -Por lo menos, ya se han propasado esta niña y Don García Verdolaga, su amante, a escribirse con letras que ellos solos entienden. ¿Conocéis vos esa algarabía? (*Da la carta a DON JUNÍPERO.*)

JUNÍPERO. -K, 8, 2, Q... ¿Quién (*Mirándola*) descifra esto?

TERESA. -Yo, si gustáis.

NICODEMUS. -A ver.

TERESA. –

Dad acá. Dice aquí Don García.
Ya, Teresa, que el bárbaro cruel,
que robarte pretende tu caudal,
te me vende al estúpido rival
que entre mis manos dejará la piel.

JUNÍPERO. -¡San Bartolomé bendito!

TERESA.

A media noche bájate al corral:
yo puedo, armado, penetrar en él,
y llevaré contra cualquier gandul
seis jayanes con trancas de abedul.

JUNÍPERO. -Eso del *bárbaro cruel* parece alusión a vuestra persona, maese Nicodemus.

NICODEMUS. -Esotro de *rival estúpido* ha de ser un elogio vuestro, amigo Don Junípero.

JUNÍPERO. -Indirectillas vergonzantes, que no merecen sino desprecio. (NICODEMUS *quita a TERESA la carta y la deja después en la mesa.* ESPARAVÁN *hace de ella un*

cucurucho.) ¡Seis jayanes! ¡Seis trancas! Mucho hará con ellas el señor Verdolaga, si llevo yo sesenta contra él.

TERESA. -¿Sesenta no más? Ciento siquiera.

JUNÍPERO. -El famoso Cigarrón, corchete mayor del Santo Oficio, es hombre de quien dispongo yo como quiero: figuraos si acudo a él...

NICODEMUS. -Acudid, sí tal; sostened a todo trance vuestros derechos.

TERESA. -¿Cuáles son los de mi señor Don Junípero?

NICODEMUS. -Dos indisputables: mi elección y su mérito. El señor es noble, es rico, es joven...

TERESA. -¿Joven? ¿Como cuántos años tendréis?

JUNÍPERO. -No lo sé fijamente; pero he de contar poquísimos, tal vez ninguno.

TERESA. -¡Qué! ¿No habéis nacido todavía?

NICODEMUS. -¿Qué diantre decís?

JUNÍPERO. -La verdad. El Alcalde de Fuentidueña asegura que me lleva quince años; la alcaldesa, diez; el cura, veinte; el barbero, cinco: son tantos a llevarse años míos, que ignoro los que me dejarán.

NICODEMUS. -Agudamente habéis respondido a esta bachillera.

TERESA. -Pero teniendo tan poca edad, ¿cómo puede este niño contraer matrimonio? Vaya, señor cuñado, enviadle a escribir palotes.

JUNÍPERO. -Teresita, me tratáis de manera que, si yo fuese caviloso, recelaría que me ibais a dar calabazas.

TERESA. -Antes os invito a que me las deis a mí. Quiero ofrecer a Dios esta mortificación.

JUNÍPERO. -Sed mi mujer, y yo os aseguro que tendréis conmigo mortificaciones a manta de Dios.

TERESA. -Ya lo supongo; mas quiero yo a mi gusto la penitencia.

NICODEMUS. -Tu gusto supone aquí tanto como un escrúpulo de azúcar en cien libras de agua. Yo soy tu tutor y fui marido de tu hermana, y quiero y ordeno que te cases con el señor: obedece, o teme la cólera de un boticario, cólera más temible que el cólera.

TERESA. -Temeré cuanto queráis; pero obedeceros...

NICODEMUS. -Es que te buscaré una celda al instante.

TERESA. -Cuñadito mío, el caballo indócil no se amansa encerrado.

NICODEMUS. -Según el trato que se le dé. Mira que voy a plantarte en el convento de las feas.

TERESA. -Como yo no lo soy, luciré más por el contraste.

NICODEMUS. -Es que, a los quince días, se vuelven las reclusas allí tan horribles, como los mascarones que hay en la fachada del edificio.

JUNÍPERO. -Por Dios, Teresita, mirad que ser fea es mucho peor que ser casada. Mirad que, si mudáis de cara, el señor García no os va a conocer.

TERESA. -Para García siempre será mi cara la misma.

NICODEMUS. -¡Sí, que de un poeta puedes prometerte mucha constancia! Esparaván, la gorra y la capa. Ahora mismo voy a llevarte.

JUNÍPERO. -Poco a poco. Yo espero de la docilidad de Loretito, de su amabilidad, de su disciplinabilidad...

TERESA. -Esperen vuesarcedes de mí lo que quieran, siempre que manden lo que quiera yo.

JUNÍPERO. -En tal caso, no dilatemos el darle esta prueba de nuestro cariño.

TERESA. -¿La de encerrarme?

JUNÍPERO. -Justamente: mi coche está a la puerta; tendré la honra de acompañaros en él al convento.

NICODEMUS. -Vamos.

JUNÍPERO. -Me lisonjeo, ídolo mío, de que en el retiro del claustro feo conoceréis que, enamorado yo de vos tan a machamartillo, y convencido a la par de que soy el esposo único que os conviene, está en el orden que coadyuve a que se pongan en práctica todos los medios coercitivos posibles para haceros dichosa, a fuerza de haceros penar.

NICODEMUS. -Bien puedes olvidarte de Don García, porque no volverás a verle.

TERESA. -Tampoco veré al señor Mastranzos: váyase lo uno por lo otro.

NICODEMUS. -Esparaván, si se descuelga por aquí Don García, échale a palos. Andando, niña.

JUNÍPERO. -Tenga yo la dicha de sentir la pulsación de vuestra hermosa mano. (*Presentando la mano a TERESA.*)

TERESA. -Tomad, sentidla. (*Le da un bofetón.*)

NICODEMUS. -¿Qué ha sido eso, bellaca?

JUNÍPERO. -¡Eh! un bofetoncillo casero que no vale la pena. Vamos al coche. (*Vanse TERESA, DON JUNÍPERO y NICODEMUS.*)

Escena IV

ESPARAVÁN. -«Si se descuelga por aquí Don García, échale a palos.» Yo lo haría de muy buena gana, si no fuera porque los palos pudieran fácilmente recaer sobre mis costillas; contingencia que merece pensarse. Pero aquí viene el tal Don García sin haberse descolgado de parte alguna: el encargo del maese no puede tener aplicación.

Escena V

DON GARCÍA, ESPARAVÁN.

GARCÍA. -Esparaván, ¿es Teresa la que ha salido de aquí hace un momento? ¿La que va con el maese en un coche?

ESPARAVÁN. -La misma, señor Don García.

GARCÍA. -¿Quién es el que ha subido con ellos?

ESPARAVÁN. -Don Junípero Mastranzos.

GARCÍA. -¡Cielos!, mi rival.

ESPARAVÁN. -(Engañémosle.) ¿Sabéis ya que se casa con Teresita?

GARCÍA. -¿Se casa? ¿Cuándo?

ESPARAVÁN. -Yo no sé... pero ellos van a una diligencia concerniente a la boda.

GARCÍA. -¿Es posible? ¿Van a la Vicaría?

ESPARAVÁN. -De vicario es el negocio según parece. (Vicario tendrá el monasterio.)

GARCÍA. -¿Teresa infiel? ¡Oh, no lo creo!

ESPARAVÁN. -¿Queréis una prueba del caso que hace de vos? Mirad vuestra carta convertida en un cucurucho.

GARCÍA. -¡Oh traición!, ¡oh profanación! ¡Mis versos envolviendo raíz de chirivía! ¡Pérfida!, ¡ingrata! Yo he de verla, yo necesito hablar al punto a esa infiel.

ESPARAVÁN. -Difícil será que la veáis.

GARCÍA. -¿Con que la traidora trata ya de evitar mis reconvenciones? ¡Y yo que no tengo medio ninguno para acercarme a ella! Solo, sin recursos, sin un amigo...

ESPARAVÁN. -¿Y los seis jayanes de las trancas?

GARCÍA. -Fue una invención poética, un verso traído por la fuerza del consonante... No tengo más que mi amor y mi infelicidad y mi rabia. Estoy desesperado.

Escena VI

CELESTINA, DON GARCÍA, ESPARAVÁN.

CELESTINA. -*(Asomándose por la puerta por donde entró.)* Así es como yo deseaba verte. Oigámosle ahora. *(DON GARCÍA se sienta abatido en un sillón.)*

GARCÍA

¡Oh suerte! Apurar pretendo,
ya que me tratáis así,
por qué culpa merecí
los males que estoy sufriendo.
Mal pregunto, y bien comprendo
la causa de tu rigor:
soy pobre con pundonor;
y en este país bendito
la pobreza es un delito
que no puede ser mayor.
Mas yo he visto a un pobre idiota
un puesto anhelar brillante,
y venírsele al instante
rodado como pelota.
Hombre vi de mala nota
meterse determinado

en un negocio arriesgado
y hacerse de golpe rico:
¿hay que ser maula o borrico
para ser afortunado?

A tal consideración
en rabia y furor deshecho,
quisiera arrancar del pecho
pedazos del corazón.

Destino sin compasión,
fortuna conmigo en lid,
¿por qué me negáis, decid,
gracias que dais, uno a uno,
al más pobre y al más tuno,
y al más tonto de Madrid?

CELESTINA Con asombro de mirarte,
con admiración de oírte,
me resuelvo a interrumpirte,
aspirando a consolarte.

GARCÍA

Quite, buena vieja; aparte.

CELESTINA

Ya que tus males no ignoro,
tal vez yo, que los deploro,
los trueque en plácida suerte.
¿Qué es lo que quieres?

GARCÍA

La muerte.

CELESTINA

¿Con qué vivieras?

GARCÍA

Con oro.

CELESTINA

Vive, pues, que yo te doy
cuanto produce el Perú.

GARCÍA

¿Quién eres para eso tú?

CELESTINA

Quien puede cumplirlo soy.

GARCÍA

Dudoso hasta verlo estoy.

CELESTINA

Lo has de ver. ¡Esparaván!

ESPARAVÁN

Abuela...

CELESTINA

(Dándole un talego.)

Unas piedras van

ahí que trajo un minero:

tritúralas.

ESPARAVÁN

Bien.

CELESTINA

(Aparte a GARCÍA.)

No quiero

que me oiga ese perillán.

ESPARAVÁN

Vierto en el mortero el saco.

(Lo hace así y principia a moler las piedras. CELESTINA entre tanto saca una cajita que presenta a GARCÍA.)

CELESTINA

Abre esa caja.

GARCÍA

La abrí.

CELESTINA

¿Qué hay dentro?

GARCÍA

Lo que hay aquí...

Es un polvo... y no es tabaco.

ESPARAVÁN

Duro mineral machaco,

abuela.

CELESTINA

Estos polvos son
un talismán, confección
mágica de tal poder,
que otra igual no supo hacer
la ciencia de Salomón.

GARCÍA

Y ¿para qué sirve?

CELESTINA

Para
cumplir cuanto desees
al punto que lo declares.

GARCÍA

Polvos son de especie rara.
Y ¿cómo se usan?

CELESTINA

Repara.
Cuando quieras algo, di
en voz alta, o para ti,
lo que ha de ser; coge a tienta
un polvo, espárcelo al viento
de un soplo, y verás así
cumplida tu voluntad.

GARCÍA

¿De modo que vos, señora,
sois una... una encantadora?

CELESTINA

Pues... o bruja.

GARCÍA

Perdonad.
Yo no digo... ¿Es por bondad
el darme estos polvos, o es
que hay un poco de interés?

CELESTINA

De todo lleva la torta.
Valerte de mí te importa;
de ti me valdré después.

Ya hablaremos.

GARCÍA

¿Dónde? ¡Excita
en mí su oferta inquietudes!

CELESTINA

Yo tengo casa en Mahudes.
Ve esta noche.

GARCÍA

Iré a la cita.

ESPARAVÁN

¿Sabe usarced, abuelita,
que estos cantos no se muelen,
y que los brazos me duelen
de darles encima ya?

CELESTINA

Polvo el fuego los hará,
por más que se te rebelen.

ESPARAVÁN

¿Y para calcinar esto
queréis que el hornillo encienda?

CELESTINA

No: yo haré que el fuego prenda
ahí.

(Sale una llama que le hace ascua. ESPARAVÁN se aparta, sacudiéndose las manos.)

ESPARAVÁN

¡Zape! ¡Que me tuesto!

GARCÍA

Quisiera, si no os molesto,
ver la virtud peregrina
de este don vuestro.

CELESTINA

Imagina
un caso en que experimentes
los polvos omnipotentes
de la madre Celestina.

(ESPARAVÁN se acerca al mortero y lo examina con interés.)

ESPARAVÁN

¡Brotar con tal rapidez
aquí el fuego!

GARCÍA

(Aparte a CELESTINA.)

Conviniera
que Esparaván no pudiera
contar lo del almirez.

CELESTINA

Redúcele a la niñez
y pronto lo olvidará.
Abre la caja.

GARCÍA

Ya está.

CELESTINA

Habla ahora.

GARCÍA

Ese mal bicho
vuélvase lo que habéis dicho.

CELESTINA

Coge y sopla.

GARCÍA

Voy.

ESPARAVÁN

¡Mamá,
mamá, mamá!

(GARCÍA ejecuta lo que previene CELESTINA, y al punto el pie del mortero se convierte en una pollera, dentro de la cual se queda ESPARAVÁN, transformado en niño, vestido de corto y con chichonera. Cruza el teatro con su cesto y éntrase.)

CELESTINA

¿Y bien, señor?

GARCÍA

¡No vuelvo de mi sorpresa!

Escena VII

DON JUNÍPERO, NICODEMUS, CELESTINA, GARCÍA.

NICODEMUS (A DON JUNÍPERO.)

Cuando pase un mes Teresa
allí...

GARCÍA

¡Mi competidor!

(Siéntase en un sillón que le oculta.)

JUNÍPERO

Es preciso, es de rigor
que ella se me rinda al cabo.
Siempre tuve (y no me alabo)
con las niñas buena suerte.

(NICODEMUS se va a dejar la capa y la gorra.)

GARCÍA

¿Sí? Bueno voy a ponerte.

(Abre la caja y toma de ella un polvo.)

JUNÍPERO

¡Soy galán!...

GARCÍA

¡Oh! Como un pavo.

(Sopla el polvo GARCÍA, y JUNÍPERO se convierte en pavo.)

JUNÍPERO

¡Pau, pau, pau!

NICODEMUS ¡Calla! ¿Es corral
de avechuchos mi botica?

(Emprende a puntapiés con el pavo.)

¡Fuera! Mas ¿qué significa

no querer este animal
salir? ¡Fuera! ¡Voto a tal! (Échale a palos.)
¡Fuera! (Vase persiguiéndolo.)

CELESTINA
Niega ya el poder
de mis polvos.

GARCÍA
Conocer
lo que pueden es preciso.

CELESTINA
Tendré que darte un aviso:
vernos será menester.

GARCÍA
A media noche corrida
en tu casa nos veremos.

CELESTINA
Y un negocio trataremos
para mí de muerte o vida.

GARCÍA
De mi bella fementida
me lleva el amor en pos.
He de hablarla.

CELESTINA
Hablad los dos;
pero anda ya prevenido
para olvidarla.

GARCÍA
Si ha sido
infiel...

CELESTINA
Fiel o infiel: adiós. (Vase.)

Escena VIII

DON GARCÍA

¡Fiel o infiel! ¿A qué propósito
lo dirá la nigromántica?
Debo al punto con mi pérvida
tener un rato de plática.

(Coge un polvo y sóplalo.)

Vista exterior del convento de las feas, en cuya fachada hay una colección de bustos de mujeres feísimas. Una taberna a un lado con un moro por distintivo, y en la muestra un letrero que dice «Taberna del Corsario Barbarroja.» Una mesa delante de la taberna.

Escena IX

GARCÍA, después TERESA.

GARCÍA ¡Qué miro! Me quedo atónito.

¿En tal convento encerrármela!

Aquí recluyen a jóvenes

que se enamoran románticas;

no a las que burlando al prójimo

se casan con otro impávidas.

¿Si el aprendiz farmacéutico
me habrá encajado una fábula?

(Sale TERESA a una reja, debajo de la cual hay una lápida.)

TERESA

¡García!

GARCÍA

Teresa, explícame

una mutación tan rápida.

¿Te refugias aquí, huyéndome

para hacer vida monástica,

o es que tu cuñado el cómitre

te oprime con mano bárbara?

TERESA

Vino a su poder tu epístola;

yo me quité la carátula,

y declaré a Don Junípero,

sin andarme con metáforas,

que no le aceptara cónyuge

aunque en la mano por dádiva

me pusiera el cetro antípoda

de la región magallánica.

Entonces ambos caníbales,
poniendo su acuerdo en práctica,
trajéronme aquí, intimándome
que no saldré de esta cámara,
donde habrá de ir convirtiéndose
mi rostro en horrible máscara,
mientras no pronuncie explícita
el sí que repugna el ánima,
y suba al odioso tálamo
por voluntad o a la trágala.

GARCÍA

No encenderá ese cuadrúpedo
contigo nupciales lámparas;
romperá mi mano intrépida
sus mal dirigidas cábalas,
y asegurará sus vínculos
nuestro cariño sin mácula.
Ya soy rico.

TERESA

¿En qué? ¿En imágenes
para alguna obra fantástica?

GARCÍA

En oro.

TERESA

¡Es verdad?

GARCÍA

Escúchame.

TERESA

Di, que me dejas extática.
¿Has heredado en América
de algún opulento sátrapa,
que hizo doblones sin número
merced a sus uñas de águila?

GARCÍA

(Una mentirilla pródiga
será aquí muy diplomática.)
Sí, mi bien.

TERESA

¿Cierto?

GARCÍA
Certísimo.

TERESA
Ten de tu Teresa lástima,
que, aunque no peca de tímida,
no gusta de la farándula.

GARCÍA
¿Quieres una prueba auténtica?

TERESA
Sí tal.

GARCÍA
El dinero es máxima
que todo lo puede.

TERESA
Dícese.

GARCÍA
Pues bueno: su fuerza mágica
va a darme a tu celda tránsito
por esa mansión seráfica.

TERESA
¿Y eso cuándo?

GARCÍA
Ahora mismísimo.

TERESA
¿Ahora? ¡Noticia plácida!
¿Tienes ya la llave?

GARCÍA
Téngola.
Hoy dejarás la camándula
y la correa y el hábito
que has llevado desde párvula,
y nupcial diadema fúlgida
lucirá en tu frente cándida.

TERESA

Te estoy escuchando incrédula
y vierto de gozo lágrimas.

Ven, García. (Quítase TERESA de la ventana.)

GARCÍA

Voy: retírate.

Conviértete en puerta, lápida.

(Ábrese una puerta en el muro y éntrese por ella GARCÍA.)

Escena X

DON JUNÍPERO, NICODEMUS, CIGARRÓN y Alguaciles.

JUNÍPERO. -No dudéis, señor Cigarrón, que el lance pasó ni más ni menos como lo he contado.

CIGARRÓN. -¿Dudar! Un familiar de la Inquisición cree a puño cerrado cuanto mal le digan del prójimo. Creo firmemente que es un hechicero consumado el señor Verdolaga, y ofrezco a voacedes echarle el guante siempre y cuando que se deje pillar.

NICODEMUS. -Él vendrá por aquí a rondar a Teresa.

JUNÍPERO. -Y nosotros le rondamos a él. Yo solo basto para una legión de brujos, eso es claro: por lo mismo, traigo a usarcedes en mi defensa (digo, en mi compañía), para que sean testigos de que mi coraje no es como el de un pavo, cháchara todo.

CIGARRÓN. -Mi gente le acechará desde esa taberna. Adentro, chicos; esperad bebiendo a la salud de este caballero.

JUNÍPERO. -Sí, hijos, bebed a mi salud, que el señor paga. (*Por NICODEMUS.*) (*A un alguacil que entra en la taberna.*) ¡Eh, mocito! Que me saquen a mí también para refrescar la garganta. (*Un mozo de la taberna sale un poco después, y pone una botella y un vaso en la mesa que hay a la puerta.*)

NICODEMUS. -Pues, amigo Don Junípero, ya que afortunadamente se os ve desplumado, creed que, si hubierais conservado la empavonadura, no hubiera yo faltado a la obligación de hombre de bien. En mi gallinero hubierais tenido un puesto de preferencia, y se hubieran guardado con vos todas las atenciones debidas a quien muda casaca por fuerza. Eso sí: no hubiera podido casaros con Teresita, en atención a la incompatibilidad de humores: ella nada tiene de pava. Restituido vos a vuestro ser, nada se opone...

JUNÍPERO. -Os doy las gracias por... por... por... (*El moro de la taberna baja y se bebe el vaso de vino que habrá llenado DON JUNÍPERO.*) ¿Por qué está sin vino este vaso?

NICODEMUS. -Porque no se le habréis echado.

JUNÍPERO. -Porque alguno se lo habrá bebido. Lo lleno otra vez. (*Lo hace.*) Decía, pues, que os daba mil gracias por vuestra decisión en favor de mi boda, que se verificará sin pérdida de tiempo, porque al fin sólo nos falta el consentimiento de la novia. La chica ha dado en la tontería de aborrecerme y prendarse de otro, con quien se promete casarse; pero quemado vivo que sea el otro, de seguro perderá Teresita las esperanzas de ser su mujer. Y lo que es prender al dichoso rival me parece cosa tan fácil como echarme este trago al coletto. (*El moro baja y se bebe el vino.*) ¡Caspitina!, que me lo ha escamoteado el Barbarroja de la muestra.

NICODEMUS. -Hombre, no calumniéis a los pobres moros, que no beben vino.

JUNÍPERO. -Los de carne y hueso puede que no; pero los de madera lo cuelan de lo lindo. Señor Chirinela, por aquí anda nuestro poeta brujo. Miento. (*Salen del convento DON GARCÍA y TERESA.*) Donde anda es ¡allí!

NICODEMUS. -¡Y con Teresa!

JUNÍPERO. -¡Alguaciles! (*Éntrase en la taberna.*)

Escena XI

GARCÍA y TERESA, *por un lado*; DON JUNÍPERO, CIGARRÓN y Alguaciles, *por otro*; NICODEMUS.

NICODEMUS. -¿A dónde vais, perdidos?

GARCÍA. -A Mahudes a pasear.

TERESA. -Acompañadnos y veréis que no andamos perdidos, sino muy bien hallados.

JUNÍPERO. -Ya os daremos el hallazgo nosotros. Cortadles (*A los alguaciles*) la retirada.

NICODEMUS. -Prendedlos.

GARCÍA. -Mide tú la espada conmigo.

JUNÍPERO. -¿Para qué la he de medir, hombre? ¿No estáis viendo que la mía es más larga?

GARCÍA. -Aquí os espero. Venid a prenderme, si os atrevéis. (*Súbese GARCÍA con TERESA a la mesa de la derecha.*)

CIGARRÓN. -Embistamos.

JUNÍPERO. -Abajo con él. (*La mesa de la taberna se convierte en un carro elegante, tirado por genios. Los alguaciles se transforman en volantes, y echan a palos a DON JUNÍPERO, NICODEMUS y CIGARRÓN.*)

ALGUACILES. -Fuera estorbos.

Campo de Mahudes: a la derecha un poste con un letrero en una tablilla; al pie del poste un banco de piedra. En el fondo un pueblo arruinado, y delante una pared.

Escena XII

CELESTINA, ESPARAVÁN.

CELESTINA. -Ya estás en Mahudes de sobra. Dale ese recado al maese.

ESPARAVÁN. -Yo se le daré, pero no me creará.

CELESTINA. -¿Tan buena opinión tiene de ti?

ESPARAVÁN. -No tal: yo no miento nunca sino cuando despacho, porque eso es de cajón; pero me decís unas cosas tan raras... Vengo de parte de maese Nicodemus a noticiaros que el señor Verdolaga se ha metido a brujo, y me respondéis: «Sea enhorabuena...» Que me han convertido en chiquillo gruñón y mi madre me ha desollado a azotes... «Muy bien empleado.» Que a Don Junípero le han incorporado en el regimiento de Pavía. «Perfectamente.» ¿Cómo ha de persuadirse el que una amiga como vos se explique de este modo?

CELESTINA. -Este arcano está fuera del alcance de un enjuagador de redomas. Vete y haz lo que te he dicho.

ESPARAVÁN. -¿Con que iréis mañana por casa?

CELESTINA. -Muy temprano.

ESPARAVÁN. -Hasta mañana. (El diablo que la entienda, que es el único que puede entender a los suyos.) (*Vase.*)

CELESTINA. -Los amantes vienen aquí: les dejo que se entreguen a sus ilusiones de dicha por un instante, ya que será el postrero. (*Vase.*)

Escena XIII

DON GARCÍA, TERESA.

GARCÍA. -En este despoblado no nos perseguirán.

TERESA. -¿Qué seguridad nos ofrece? Estamos a las puertas de Madrid.

GARCÍA. -Aquí tiene su habitación la célebre maga Celestina; y como ejerce su facultad con real privilegio, nadie se atreverá con nosotros, hallándonos bajo su protección.

TERESA. -Bien extraño es que nos favorezca, siendo tan amiga de mi cuñado.

GARCÍA. -El amor halla siempre auxiliares, y a los tutores codiciosos no les suelen faltar enemigos. ¿Quieres que tomemos algún refrigerio?

TERESA. -Con mucho gusto, porque la amenaza de ponerme en el convento a pan y agua me ha hecho el efecto de un verdadero ayuno. ¿Pero dónde habrá quien nos sirva?

GARCÍA. -Allí. *(Coge un polvo, se abre la pared y se ve un cenador con una mesa aparada.)*

TERESA. -¡Qué maravilla! Vaya, pues entremos. *(Los amantes se entran en el cenador y la pared se cierra.)*

Escena XIV

DON JUNÍPERO, NICODEMUS, CIGARRÓN y ESPARAVÁN, *todos con escopetas.*
DON JUNÍPERO *trae además un quitasol cerrado.*

JUNÍPERO. -Sí, señor: ya que se han desperdigado los alguaciles, nosotros cuatro daremos el golpe: el refuerzo de Esparaván llega muy a propósito.

NICODEMUS. -Sí por cierto: supliré por mí, porque me habéis traído tan aprisa que no puedo moverme de puro cansado. Aquí me siento sin aguardar más. ¡Huy! *(Va a sentarse al pie del poste y el asiento se pasa al otro lado.)*

JUNÍPERO. -¿Qué ha sido eso, maese?

NICODEMUS. -Una costalada que me ha descacharrado. Alargadme el quitasol para que me levante.

JUNÍPERO. -Ya le alargó. (*Le desvía.*)

NICODEMUS. -Acercádmelo, he querido decir.

JUNÍPERO. -Vamos, asíos. Procurad no romperle, que el astil es de caña. (*Levántase NICODEMUS: el asiento se pone donde estaba.*)

NICODEMUS. -Quitasol y escopeta me parece que se estorban, señor Don Junípero. Además, el día está nublado.

JUNÍPERO. -Si llueve, el quitasol servirá de quita agua: peregrina invención, que a nadie se le había ocurrido.

ESPARAVÁN. -Y ¡es verdad!

CIGARRÓN. -¡Asombroso descubrimiento!

JUNÍPERO. -¡Oh! ¡Yo! ¡Ah! ¡Puf!

NICODEMUS. -Tratemos del asunto del día. ¿Cuál es vuestra receta... digo, vuestra opinión?

JUNÍPERO. -Mi opinión es que nos apoderemos cuanto antes de los fugitivos, pues cuanto más les dejemos correr tanto más lejos se irán de nosotros.

NICODEMUS. -Sabiamente raciocinado. Y ¿cómo y dónde hemos de atraparlos?

JUNÍPERO. -¿Dónde? En su carricoche, si van en él. ¿Cómo? Parándole, si rueda.

NICODEMUS. -Yo, la verdad, no había pensado en esos pormenores, porque, amigo... como estoy tan cansado... (*Va a sentarse y repítese el juego.*)

JUNÍPERO. -Digo, pues, que si han de venir a Mahudes los prófugos, será por un camino; si han de ocultarse de nosotros, habrá de ser en alguna casa. Ahora bien, yo de Mahudes... nunca he salido...

NICODEMUS. -Porque no habréis entrado.

JUNÍPERO. -Cabal. ¿Qué casas hay en él?

ESPARAVÁN. -En pie, creo que no existe más que un ventorrillo, pegado a la casa de la madre Celestina.

JUNÍPERO. -Y ¿dónde está el ventorro? Yo sólo he viajado hasta hoy desde Fuentidueña a Madrid.

NICODEMUS. -Yo tan sólo desde mi casa a San Blas.

CIGARRÓN. -Yo desde la Inquisición hasta el quemadero.

JUNÍPERO. -(A ESPARAVÁN.) Condúcenos tú, que has hablado con Celestina.

ESPARAVÁN. -Yo la he hablado en este sitio.

JUNÍPERO. -Pero si tenemos aquí un (*Por el poste*) indicador fiel que nos saque de apuros. Vean vuestras mercedes: «A la vuelta del cerrillo está el ventorrillo.» (*Lee.*) Desde luego hay que guardar este paso, por si vienen por aquí. (*La tablilla del poste se muda al lado opuesto.*)

NICODEMUS. -No, señor: en tal caso vendrán por allí. Leed... «A la vuelta del cerrillo está el ventorrillo.»

JUNÍPERO. -¡Es verdad! Yo lo había entendido al contrario. Pues como iba diciendo... Pero no, señor: yo lo (*La tablilla se cambia*) había entendido perfectamente. (*Cámbiase otra vez.*) Ahí está.

NICODEMUS. -Qué ha de estar, ¡pecador de mí! ¡La tablilla señala ese lado!

JUNÍPERO. -Está visto que no sé cuál es mi mano derecha. Maese Nicodemus, vos y Esparaván os apostaréis en este camino; yo me quedaré aquí, y el señor Cigarrón me servirá por este otro punto de centinela avanzada. Cada cual a su puesto, y en avistando a los tráfugas, un aviso disimulado y acudimos todos.

NICODEMUS. -Vamos. (*Vanse todos, menos DON JUNÍPERO.*)

Escena XV

DON JUNÍPERO. -Me parece que no he escogido la peor posición: aquí estoy defendido por ambos flancos. (*Truena y llueve.*) Sostenía el bendito del maese que la escopeta y el quitasol se estorbaban: ¡qué disparate! Ya principia a llover: introduzco la caña del quitasol en el cañón de mi espingarda y manejo los dos trastos juntos. Otra invención feliz de que debe aprovecharse el ejército de Indias, porque allí el sol incomoda bastante. (*Se le va la tela del quitasol.*) Vistoso espectáculo ofrecerá en las pampas de América una columna de arcabucería coronada con seis mil quitasoles. Pero ¡qué demontre! Yo me mojo, aunque estoy debajo de cubierto. ¿En qué consistirá? ¿Llueve al revés? (*Ábrese el muro del fondo y aparecen DON GARCÍA y TERESA comiendo.*)

Escena XVI

DON GARCÍA y TERESA, *en el cenador*; DON JUNÍPERO, *fuera*.

GARCÍA. -Mira, mira tu amante.

TERESA. -¡Qué bien está! ¡Ah, ah, ah!

JUNÍPERO. -No hay que mofarse, niña. Estoy estudiando un problema físico. ¿Son vuesarcedes capaces de explicarme cómo es que llueve sobre mí teniendo encima un quitasol abierto?

TERESA. -Si está sin tela.

JUNÍPERO. -¿Sin tela! No hay duda. ¡Ah! ya lo entiendo: los quitasoles no tienen obligación de quitar el agua, y en sacándolos de su oficio, se despiden del amo.

GARCÍA. -Y nosotros de vos.

TERESA. -A más ver, señor Don Junípero. (*Ciérrase el muro.*)

JUNÍPERO. -Sí, sí, embozaos con la pared para que no se os vea: no os libraréis por eso. García no lleva armas de fuego, y nosotros sí: los tenemos cogidos. Echo fuera la caña del quitasol. (*La arrima al poste.*) Yo traía la escopeta cargada, con que... ¡Oiga! (*Levanta el rastrillo.*) Le falta el cebo. ¿Le faltará la carga también? (*Mete la baqueta en el cañón.*) Sin carga está. Pues, señor, ¿a dónde han ido a parar la pólvora y la bala que yo le puse? (*Dispárase la caña del quitasol.*) ¡Santo Dios! A la caña del quitasol se había pasado la carga de la escopeta. ¡En qué tiempos vivimos! Las escopetas rehúsan hacer fuego, y las cañas tiran balazos.

Escena XVII

NICODEMUS, ESPARAVÁN, CIGARRÓN, DON JUNÍPERO.

NICODEMUS. -¿Ocurre algo?

JUNÍPERO. -Sí.

ESPARAVÁN. -¿Los habéis visto?

JUNÍPERO. -Sí.

CIGARRÓN. -¿Cómo?

JUNÍPERO. -Comiendo.

NICODEMUS. -¿Dónde?

JUNÍPERO. -En el cenador.

NICODEMUS. -¿En qué cenador?

JUNÍPERO. -Ahí, detrás de la pared. Yo quería hacer a usarcedes una seña disimulada...

NICODEMUS. -Y habéis disparado un tiro. No cabe disimulo mayor.

JUNÍPERO. -Si no he sido yo quien ha disparado.

NICODEMUS. -Pues ¿quién fue?

JUNÍPERO. -Ese tronco.

NICODEMUS. -¡Hombre, por Dios!

ESPARAVÁN. -¡Por la Virgen del Carmen!

CIGARRÓN. -¡Por Santo Domingo el inquisidor!...

JUNÍPERO. -Por toda la corte celestial, crean vuestas mercedes que ese leño es un recluta disfrazado de alcoroque. ¿No vieron antes cómo giraba a derecha e izquierda?

NICODEMUS. -Vos deliráis.

JUNÍPERO. -¿Que deliro? Batid esa pared, Cigarrón: verán usarcedes cómo están ahí dentro García y Teresa, que tal vez lo habrán visto todo por alguna rendija. (*Dispara CIGARRÓN y se abren en la pared cuatro agujeros grandes.*) Ya hay brecha: asómese por su boquerón cada uno.

NICODEMUS. -Veamos. (*Mete cada uno la cabeza por un hueco y vuelve a sacarla poco después rídiculamente desfigurada con una máscara grotesca.*)

JUNÍPERO. -(A ESPARAVÁN.) ¿Quién es ucé?

NICODEMUS. -(A JUNÍPERO.) ¿Quién eres tú?

CIGARRÓN. -(A JUNÍPERO.) Tú eres el brujo: preso.

TODOS. -¡Preso! ¡Tú, tú, tú! ¡A la cárcel, a la cárcel! (*Vanse bregando unos con otros. Truenos, lluvia.*)

Cueva de Celestina en Mahudes, obra de la naturaleza y del arte. Puerta de madera con llave. Unos vasares con redomas excavados en piedra; unas puertecillas como de otro

hueco, abierto igualmente en la roca; una cabeza de elefante con trompa, clavada en el muro; chimenea o fogón irregular a un lado; dos sillones, una mesa, y en ella un libro; en el fondo un alambique, de cuya lumbre cuida una porción de sátiros.

Escena XVIII

CELESTINA, *los Sátiros.*

CELESTINA. -¿Si vendrá a la cita? Creo que sí, porque le conviene conservar el poder que le he dado, a favor del cual ha podido evitar las persecuciones de sus enemigos. La posesión de un talismán que le hace árbitro de la fortuna, debe lisonjear mucho su amor propio. Con todo, no puedo desechar cierta inquietud. Mis muchos años, el poco juicio de García... Un comerciante, un cortesano me inspirarían más confianza; pero un poeta... Los poetas no han sabido calcular nunca. Ahora anochece, y llueve con furia: mucho tengo que esperar todavía. Pero ¿no es él quien llega? Buena señal es que se haya adelantado.

Escena XIX

DON GARCÍA, *dichos.*

GARCÍA. -Ya ves, Celestina, que vengo con tiempo.

CELESTINA. -¿Te ha servido mi cajita?

GARCÍA. -Completamente. Con ella he logrado, entre otras cosas, poner a Teresa en Madrid, en paraje seguro. ¿Qué he de hacer para manifestarte mi agradecimiento?

CELESTINA. -Siéntate y escucha. Ya has experimentado hasta dónde llega mi poder: a mi voz obedecen los elementos, y el abismo tiembla; cuantos placeres pueden proporcionar las riquezas están en mi mano. El destino, al darme tan absoluto dominio sobre la naturaleza, me concedió también el don de la inmortalidad; pero lo contrabalanceó con la pensión terrible de que viviese en vejez perpetua. Para el anciano casi no existen goces, y sin ellos una vida sin fin es una desgracia sin límites. Yo puedo, sin embargo, rejuvenecerme; puede reducirse mi vida a la duración común, y lo deseo con ansia.

GARCÍA. -Y ¿por qué no cumples tu gusto?

CELESTINA. -Porque sólo he de recobrar la juventud con una condición muy difícil.

GARCÍA. -¿Cuál?

CELESTINA. -Un caballero mozo y galán ha de darme un abrazo.

GARCÍA. -Si yo soy bastante galán para el caso, yo me ofrezco a regenerar tu persona.

CELESTINA. -El abrazo ha de ser después de haberse casado conmigo.

GARCÍA. -Eso complica la cuestión algún tanto. ¿Has puesto ya la mira en alguno?

CELESTINA. -Lee, García. *(Le da el libro que está en la mesa.)*

GARCÍA

«Da al olvido tu amor y sé mi esposo,
y vivirás feliz y poderoso.»

Celestina, mil gracias; no quiero dicha ni poder a ese precio.

CELESTINA. -García, reflexiona que eres pobre.

GARCÍA. -Tengo ingenio.

CELESTINA. -Te falta instrucción.

GARCÍA. -Aprenderé.

CELESTINA. -Tienes mucha vanidad y poca constancia.

GARCÍA. -Escribiré obras ligeras; me dedicaré a la sátira.

CELESTINA. -Te perseguirán.

GARCÍA. -Me haré soldado.

CELESTINA. -Como no te hagas fraile, no vivirás seguro; y entonces también tendrás que renunciar a tu amor. Mira allí. *(Transparéntanse las que parecían puertecillas de armario, y dejan ver un cuadro que representa a Calixto muerto al pie de la pared de un jardín, y a Melibea precipitándose de un terrado.)* Aquélla es Melibea; aquél es Calixto.

GARCÍA. -¿Eres tú la Celestina de su época?

CELESTINA. -Yo soy, García.

GARCÍA. -¿No te quitaron la vida los criados de Calixto?

CELESTINA. -No: un cadáver desfigurado fue a la sepultura con mi nombre; yo en tanto saboreaba una venganza más ilustre que la que me dio la justicia castigando a mis matadores: el desastrado fin de los dos amantes.

GARCÍA. -¡Cómo! Cuando Calixto cayó desde el muro del jardín al separarse de Melibea...

CELESTINA. -Mi mano invisible precipitó a Calixto; mi aliento inspiró a Melibea la desesperada resolución de arrojarse de la azotea a vista de su padre.

GARCÍA. -¿Qué ofensa te habían hecho esos dos infelices?

CELESTINA. -La que tú me haces ahora: servirse de mi ciencia, y despreciarme luego. García, la trágica suerte de esos amantes os aguarda a ti y a Teresa, si rehúas mis ofrecimientos. Teme mi cólera, García.

GARCÍA. -Teme tú mi espada, hechicera infame. Veremos si tu inmortalidad te guarece de mis iras. *(Desnuda la espada y va a herirla.)*

CELESTINA. -¡Venganza! *(Desapareciendo y dejando sus vestidos en la silla. Los sátiros acometen a GARCÍA.)*

SÁTIROS. -¡Venganza, venganza! *(Ocúltase el alambique y se abre un hueco detrás, por el cual sale LA LOCURA: en el fondo de este hueco se ve una cascada.)*

Escena XX

LA LOCURA, DON GARCÍA, Sátiros.

LOCURA. -Monstruos, huid. *(Huyen los sátiros, y se van también los dos sillones.)*

GARCÍA. -¿Quién eres tú, que vienes a protegerme?

LOCURA. -¿No lo adivinas? Rehusando la mano de Celestina, has rehusado las riquezas, y amiguito, positivamente hablando, la riqueza es casi la felicidad; prefiriendo tu amor al oro, has hecho lo que llamarán casi todos una locura: razón es que la Locura en persona se declare por ti; los poetas siempre habéis tenido grandes títulos a mi protección.

GARCÍA. -Si tú me favoreces, nada tengo que temer: tú eres la soberana del mundo.

LOCURA. -Sígueme, y vamos a tranquilizar a Teresa. *(Vanse.)*

Escena XXI

DON JUNÍPERO. -¡Ah de casa! ¡Madre Celestina! ¡Doña Celestina! ¡Misa Doña Celestina! (*Da vuelta por sí la llave en la cerradura y se abre la puerta.*) ¡Ya abrieron! Saludo a la gente honrada (*Saliendo*), si la hay por aquí: lo que es yo no la veo. ¡Qué llover! ¡Señor, qué llover! Calado estoy hasta lo más recóndito de mi individuo. Pero Nicodemus exigió que me viera y aconsejara con la señora Celestina, asegurándome que es persona bonísima, sabidorísima y complacidorísima. ¿Dónde colgaría yo esta capa que se enjugase? ¡De los hombros me la han quitado!... (*La cabeza del elefante alarga la trompa, y se queda con la capa de DON JUNÍPERO.*) Estimo el obsequio; pero convendría ver dónde me la ponen, porque, a obscuras, buenos somos todos y mi capa no parece. (*Le sale una luz de la copa del sombrero.*) ¡Ah! ¡Ya veo! ¡Extraña mansión! ¿De dónde viene la claridad? Del techo, no; del suelo, tampoco. ¡Canario! Sale de mi cabeza. No quiero estar en candelero; pueden querer despabilarme: prefiero mil veces la obscuridad. (*Se quita el sombrero y apaga la luz de él: aparece otra sobre la mesa.*) ¡Hola!, bien: ahí está bien la luz. Si pudiera encender lumbre con ella, me sería muy útil, porque voy sospechando que tengo frío; y ya que hay allí fogón y leña... (*Sale un fuelle que va a la chimenea, sopla y enciende lumbre.*) ¡Calla!, ¡un fuelle andando! Fuelles ambulantes con otra forma no faltan por Madrid: los agentes de policía inquisitorial vienen a ser trastos de la misma especie: soplan y encienden llamas... Con luz y lumbre no se está aquí tan mal; con una silla, y algo comestible, bien colocado en esta mesa, podría esperar sin fastidio la llegada de la madre Celestina, porque la verdad es que me siento con hambre: como he visto a mi novia comiendo con otro, me ha dado apetito. Un libro hay aquí: no pudiendo suministrar pasto al estómago, se le daremos al espíritu. ¡Y un sillón! ¡Soberbio! (*Sale un sillón.*) ¿De qué trata esta obra? (*Abriendo el libro.*) ¡Ah!, son las profecías de Pero Grullo. Oigamos al profeta. «Juicio del año. Sabed que el cielo ordenado tiene que haya este año y el que viene guerra y peste y hambre y sed.» ¡Bah, bah! ¡Con tal aviso fácil es el remedio! Mudaremos a este año el número, y ya no será éste, sino otro. En cuanto al que viene, se le avisa que suspenda su viaje. (*La vela a cuya luz lee DON JUNÍPERO se alarga cuatro varas más.*) ¡Digo, digo! ¡Lo que ha dado de sí mi vela! Ningún día de la Candelaria he visto un cirio tan larguirucho. No hay forma de leer si no me pongo al nivel de la luz. (*Súbese en la silla y lee. Mientras tanto sale un pavo desplumado y destripado, se asa en la chimenea y después se sube a la mesa, en la cual se han ido colocando por sí una servilleta, platos, jarros y vaso.*)

«Peste habrá particular
de necios de sí pagados,
y habrá guerra entre casados
y en el juego de billar.» (*Baja la vela.*)

Esto es menos incómodo. (*Se sienta.*) Prosigamos desgarrando el velo del porvenir. (*Lee.*)

«Hambre y sed ha de tener,
sin distinción de fortunas,
todo cristiano en ayunas
o con ganas de beber.»

(Suben la luz y la silla a una grande altura.) ¡Ay, Jesús! ¿Dónde me he encaramado? ¡A ver, una escalera, una gradilla! ¡Miren lo que remanece en la mesa! Servilleta, platos, vaso, jarro... ¿Qué viene en el jarro? Porque si es agua, está de más: ¡harta he recibido sobre mi piel! No, no: ¡es vino! Y ya que vino vino, ¿cómo no vino comida? Pero ya se me presenta un ave. ¡Qué diantre! ¡Es un pavo! Pavo, pavo... como yo lo he sido, aunque interinamente, no me deja de repugnar esa carne. Para mí un pavo es un compañero, casi un prójimo: ser yo pavífago equivaldría casi a ser antropófago. Bien podía haberme servido otro plato esa bruja endiablada. *(Truenos, relámpagos: la cabeza del elefante se agita y brama; se oye música lamentable.)* ¡Bestia de mí! Se ha enfadado la vieja maldita porque la he llamado con el nombre de su oficio. *(Queda encerrado DON JUNÍPERO en una ratonera: le rodean multitud de gatos; suena música maulladora.)* ¡Qué veo! Todos los trasgos de Madrid me acometen. ¡Eh!, señores, a la mesa: allí hay pavo asado; yo soy pavo crudo. ¡Arre, gatería! *(Logra forzar la ratonera y huye seguido de los gatos.)*

Calle con una posada que tiene por muestra un brazo saliente con una redoma en la mano. A cada lado de la puerta un poyo.

Escena XXII

DON GARCÍA, TERESA y LA LOCURA, *saliendo de la posada.*

GARCÍA. -Pero oye, Teresa.

TERESA. -No tengo que oír: se acabó.

LOCURA. -Deteneos. ¿A dónde vais?

TERESA. -A mi casa, al convento, a cualquier parte donde me vea libre de este hombre.

GARCÍA. -¿Oís esto, señora? Cuando soy yo quien debiera quejarse...

TERESA. -¿Vos? ¿Podéis vos formar queja de mí?

GARCÍA. -¿Es poco haberme dicho en mi cara que no debíais haber hecho ningún sacrificio por mí?

LOCURA. -Ha sido una locura decir eso.

GARCÍA. -(A TERESA.) ¿No merezco yo ser preferido a un estúpido?

LOCURA. -(A GARCÍA.) Es otra locura alabaros así.

TERESA. -Yo tenía razón de sobra para estar incomodada con vos. Me dijisteis con tanto énfasis que al proponeros Celestina su mano, la rechazasteis al punto sin atender a lo que perdíais... No pude menos de preguntar si valía tanto como yo esa bruja con más años que Matusalén. Id a buscarla; es partido muy a propósito para un poeta: magia y poesía todo es embuste.

GARCÍA. -¡Teresa!

LOCURA. -Teresita, vos también deliráis.

GARCÍA. -Dejadla: es muy natural que me desdeñe, habiéndome quedado sin el talismán prodigioso, que me proporcionaba riqueza y poder.

TERESA. -Según eso, ¿yo sólo os amaba por interés?

LOCURA. -Locos rematados estáis los dos.

GARCÍA. -Señora, vos no debéis culparnos.

TERESA. -Algo ha de influir en nosotros vuestra compañía.

LOCURA. -Sólo os faltaba indisponeros con vuestra única protectora.

TERESA. -Mil gracias por vuestros favores. Para no abusar de ellos, me vuelvo con mi aleve cuñado. Adiós.

LOCURA. -¡Teresa!

GARCÍA. -Adiós.

LOCURA. -¡García!

TERESA. -(*Retrocediendo.*) ¡Ay!, que viene por allí Nicodemus.

GARCÍA. -(*Volviendo pies atrás.*) ¡Por allí vienen los alguaciles!

TERESA. -Defiéndeme, García.

GARCÍA. -Amparadnos, señora.

LOCURA. -¡Gracias al cielo! El peligro os volvió la razón. Seguidme otra vez a esa posada. (*Éntranse en ella.*)

Escena XXIII

DON JUNÍPERO, NICODEMUS, ESPARAVÁN y varios criados, uno de ellos con un farol: salen por una bocacalle; por la opuesta CIGARRÓN y Alguaciles, también con linternas.

JUNÍPERO. -Tomadas quedan las avenidas por este lado.

CIGARRÓN. -Y por este otro también.

NICODEMUS. -Celestina me ha dicho que están los fugitivos aquí, en la posada de la redoma.

ESPARAVÁN. -Si los he visto yo ahora entrarse y cerrar la puerta.

CIGARRÓN. -Ellos tendrán que abrirla. A la voz de mi Tribunal no hay puerta cerrada. Yo llamaré. *(Da órdenes a los alguaciles.)*

JUNÍPERO. -Para no perder tiempo, voy a continuar la nota de las brujerías que ese canalla de poeta lleva hechas conmigo. El Santo Oficio está esperando mi relación circunstanciada. Alumbra, tú. *(El criado que trae el farol se acerca a DON JUNÍPERO, quien se sienta en uno de los poyos de la posada.)*

CIGARRÓN. *(Llamando.)* ¡Ah de casa!

UNA VOZ DENTRO. -¿Quién es?

CIGARRÓN. -¡La Inquisición!

VOZ. -Chitón. *(Bájase el brazo de la muestra y da un golpe a CIGARRÓN.)*

CIGARRÓN. -¿Quién me ha pegado, voto al aspa roja! ¡Posadero, salid!

NICODEMUS. -¡Si no hay posadero aquí: se murió!

ESPARAVÁN. -Son sus hijas las que llevan la casa.

CIGARRÓN. -¡Posaderas!

NICODEMUS. -¡Fregonas!

ESPARAVÁN. -¡Mozos!

CIGARRÓN. -Abrid, o van a arder vivas las posaderas.

JUNÍPERO. *-(Brincando del asiento.)* ¡Uff! Las mías ya están ardiendo, ya están abrasadas. *(El poyo se ha transformado en un hornillo de castañera con lumbre y sartén.)*

NICODEMUS. -¿Qué ha sido?

JUNÍPERO. -Que me he sentado ahí, y no sé cómo se le ha prendido fuego al asiento.

NICODEMUS. -¡Toma! ¡Si estabais sobre un tostador de castañas! Mirad, mirad. *(El poyo vuelve a su ser.)*

JUNÍPERO. -¿Tostador? ¿Dónde está el tostador?

ESPARAVÁN. -En efecto, maese: aquí no hay más que un poyo liso, llano y lego.

JUNÍPERO. -Pero abonado, no. Libre está que me siente yo en él.

NICODEMUS. -Ni yo.

ESPARAVÁN. -Yo sí: vedlo. *(Se sienta.)*

CIGARRÓN. -Llamad vos, maese.

NICODEMUS. -Abran aquí: guarden al Santo Oficio el respeto oportuno.

VOZ. -¡Por tuno! *(El brazo pega a NICODEMUS.)*

NICODEMUS. -¡Ánimas benditas!

ESPARAVÁN. -¡Santa Bárbara! *(Saltando del poyo, que vuelve a convertirse en tostador.)*

NICODEMUS. -Me han desquiciado la cabeza.

ESPARAVÁN. -Me han achicharrado la retaguardía.

JUNÍPERO. -No hay que amedrentarse: un brazo y un hornillo son débiles obstáculos para hombres como nosotros. Acuchillemos ese brazo y forcemos entre todos la puerta.

CIGARRÓN. -¡Sí, sí!... Paso a la Inquisición.

VOZ. -Pasad a ella.

Escena XXIV

LA LOCURA

Invadid con frenético alborozo
la mísera posada,
y os hallaréis en negro calabozo
donde ministros míos al momento
pongan a cada cual en un tormento.

DENTRO ¡Ay!, ¡ay!

LOCURA Está la burla ejecutada.

Calabozos de tormento, donde todas las personas de la escena anterior aparecen castigadas con alguno.

Escena XXV

DON JUNÍPERO, NICODEMUS, CIGARRÓN y ESPARAVÁN atormentados por sayones; LA LOCURA.

ESPARAVÁN y CIGARRÓN ¡Piedad!

JUNÍPERO ¡Misericordia, cielo santo!

LOCURA No: padeced ahora

la pena del Talión, tanto por tanto.

ESPARAVÁN ¡Por Dios, por Dios, señora!

Si me sacáis de aquí, mañana pego

a esta mazmorra fuego.

JUNÍPERO Yo también.

NICODEMUS Yo también.

LOS CUATRO Sacadnos fuera.

LOCURA Anticípese el día

que aplaudirá la raza venidera:

caiga en escombros la mansión impía

donde se trata al hombre como fiera.

(Arruínase el edificio.)

ACTO SEGUNDO

Sala de una venta. Una chimenea a la izquierda del espectador; en medio de la pieza un armario y una cómoda; sillas colocadas sin orden como en cuarto sin arreglar.

Escena I

LA LOCURA, DON GARCÍA.

LOCURA. -Escondeos, García; escondeos, vuelvo a decir.

GARCÍA. -Pero ¿y Teresa?

LOCURA. -Teresa está arriba, donde no la verán.

GARCÍA. -Ya que nos habéis sacado de Madrid, ¿por qué no nos habéis llevado más lejos?

LOCURA. -¿A la Locura vais a hacer cargos?

GARCÍA. -Pero si esta venta se halla a cuatro pasos de la corte...

LOCURA. -Así os han alcanzado tan pronto los que os perseguían.

GARCÍA. -¿Nos favorecéis a nosotros o a ellos?

LOCURA. -Estoy por vosotros; pero no quiero incomodarlos a ellos, porque al fin son vasallos míos también, son locos de otra especie.

GARCÍA. -Y ¿vais a recibirlos aquí?

LOCURA. -Para eso me he transformado en ventera.

GARCÍA. -Y ¿no os conocerán?

LOCURA. -Nunca.

GARCÍA. -¿Aunque os vean a cada paso?

LOCURA. -A quien han visto ya es a vos.

JUNÍPERO. -(*Dentro.*) Aquí todos, aquí. (*Escóndese GARCÍA.*)

Escena II

DON JUNÍPERO, NICODEMUS, ESPARAVÁN, CIGARRÓN, ALGUACILES, LA LOCURA; GARCÍA, *en el armario.*

JUNÍPERO. -¡Ventera!, ¡patrona! ¿sois vos el ama de la venta?

LOCURA. -Hoy es el primer día que ocupo esta casa: por eso, como veis, están los trastos sin arreglar.

NICODEMUS. -A propósito de trastos: ¿no han entrado aquí una dama y un caballero, a quienes venimos buscando?

LOCURA. -Un caballero que estaba aquí se ha escondido en ese armario al oír vuestra voz.

GARCÍA. -(¿Qué está diciendo esa mujer?)

JUNÍPERO. -¡Oh!, pues de aquí no se ha de escapar.

NICODEMUS. -¿Y la dama?

LOCURA. -De la dama no puedo yo daros noticias.

CIGARRÓN. -No andará lejos.

ESPARAVÁN. -¿Si estará en el armario también?

JUNÍPERO. -¡Cáspita!, veamos.

NICODEMUS. -Abrid, abrid. (*Abren y salen dos niños.*)

JUNÍPERO. -Un par de angelitos.

ESPARAVÁN. -¿Si serán hijos de mi señora?

NICODEMUS. -Haberse casado y tener familia tan granada en tan pocas horas, no me parece natural.

CIGARRÓN. -Pero si no es natural nada de cuanto nos está pasando.

NICODEMUS. -¿No dijisteis que se había escondido en este armario un caballero?

LOCURA. -Y dije la verdad.

JUNÍPERO. -Si desde allá fuera le he visto yo aquí.

NICODEMUS. -No puede ser.

GARCÍA. -Sí puede ser. (*Abre y cierra.*)

LOCURA. -¿Lo veis?

JUNÍPERO. -¿Lo veis, farmacéutico descreído? A ver, señor Don García: ya que no podéis escaparos, haced el favor de dejaros prender, y veniros derechos a la cárcel. (*Salen otros dos chicos.*) ¿Otra parejita tenemos?

ESPARAVÁN. -¡Lo que da de sí mi señora!

CIGARRÓN. -Cuatro sobrinitos, maese.

NICODEMUS. -Los hongos en muy poco tiempo se forman: si hay sobrinos hongos también...

GARCÍA. -¿No hay tíos cermeños?

JUNÍPERO. -Sí, señor; y poetas calabazas, como por ejemplo...

LOCURA. -Ésos son calabacines de seis en libra. (*Abre JUNÍPERO y salen dos niños.*)

JUNÍPERO. -Señora, ¿es armario esto o es escuela pía?

LOCURA. -El inquilino del trasto lo sabrá mejor.

GARCÍA. -Aún falta. (*Abre y cierra.*)

JUNÍPERO. -¡Cá! Sobra ya mucho.

NICODEMUS. -Pues ve echando, hija, hija: abrid. (*Abren y salen dos chicos.*)

JUNÍPERO. -¡Ocho pelones! Pues, señor, me parece ya bastante familia.

GARCÍA. -A mí no. (*Abre y cierra.*)

JUNÍPERO. -No trataréis de mantenerla: maese, de esta vez no hay más que aflojar el dote de la muchacha.

NICODEMUS. -Pero ¿no hemos de atrapar a ese pícaro que atrapó a mi cuñada? (*Abren y salen dos niños más y dos amas de cría, cada una con un niño de pecho.*) ¡Cristo del Pardo!

CIGARRÓN. -¡Cuatro más!

NICODEMUS. -¡Doce chiquillos!

ESPARAVÁN. -¡Y dos pasiegas!

JUNÍPERO. -*¡Libera nos Domine!*

LOCURA. -¡Seguid, seguid abriendo!

JUNÍPERO. -Yo he cerrado ya la intención.

NICODEMUS. -Quieto el nido: vamos a ver por otra parte si cazamos la pájara. (*Vanse todos, menos DON JUNÍPERO.*)

Escena III

DON JUNÍPERO, *luego* CELESTINA.

JUNÍPERO. -Siendo ya Teresa mujer de otro, y tan mujer, fuerza será ir pensando en renunciar a ella; mas como pueda yo vengarme del chasco...

CELESTINA. -(*Dentro.*) ¡Don Junípero!

JUNÍPERO. -(Esta voz extraña me asusta.)

CELESTINA. -(*Dentro.*) ¡Don Junípero Mastranzos!

JUNÍPERO. -(Quiero hacerme el desentendido.) No estoy en casa.

CELESTINA. -(*Saliendo por la chimenea.*) No mientas, cobarde.

JUNÍPERO. -(¡Celestina! ¡Ya se ve! ¿Quién había de venir por una chimenea sino una bruja?)

CELESTINA. -¿Quieres vengarte de tu rival?

JUNÍPERO. -¿Que si quiero! Por tener yo a mi disposición al señor Verdolaga, sería capaz...

CELESTINA. -¿De casarte conmigo?

JUNÍPERO. -¿Cómo es eso?

CELESTINA. -¿Vacilas?, ¿rehúsas? ¡Adiós!

JUNÍPERO. -Despacio, señora: concededme unos momentos para serenarme. La sorpresa, el empacho juvenil... vacilo; pero no digo que no.

CELESTINA. -Con mi mano te ofrezco riquezas y poder sin límites.

JUNÍPERO. -Es que soy rico también.

CELESTINA. -Yo puedo dejarte pobre, si no hay más obstáculo.

JUNÍPERO. -¿Para qué? Lo que abunda no daña. ¿Con que tan opulenta sois?

CELESTINA. -De más para adquirir un imperio.

JUNÍPERO. -No soy ambicioso: dos o tres principados me bastarían. -Y ¿como cuántos años contáis?

CELESTINA. -No quiero engañarte: tengo dos siglos y...

JUNÍPERO. -¡Dos siglos! ¡Justo Dios!...

CELESTINA. -Y ochenta y cuatro años.

JUNÍPERO. -¡Friolera es el pico! ¡Doscientas y ochenta y cuatro navidades! Luego ¿sois la mismísima Celestina de Juan de Mena? ¡Es una curiosidad una mujer semejante!. -Y sería una moza como unas peladillas cuando nació Don Enrique IV. Vuestra edad me decide, abuela; digo, hermosa. Ahí va mi mano.

CELESTINA. -Toma la mía.

JUNÍPERO. -(¡Huy! Parece un manojo de sarmientos.)

CELESTINA. -Pide ahora lo que quieras.

JUNÍPERO. -Lo primero, que me aseguréis a García y a la boticaria.

CELESTINA. -¿Dónde quieres que ponga a García?

JUNÍPERO. -En una jaula de locos.

CELESTINA. -Concedido: Teresa, por lo pronto, volverá a casa de su tutor; yo trasladaré dormido a cada uno de los dos al encierro que les hemos destinado.

JUNÍPERO. -Estoy deseando presenciar una prueba de vuestra habilidad.

CELESTINA. -Vuélvete a Madrid sin tardanza, y no te quejarás de que te haya engañado. Mañana nos veremos. Hasta mañana, querido. (*Vase por donde vino.*)

JUNÍPERO. -Adiós, criatura. Me parece que no he hecho del todo mal en renunciar a Teresa, puesto que no había apariencias de que fuera mía.

Escena IV

ESPARAVÁN, CIGARRÓN, DON JUNÍPERO.

CIGARRÓN. -Ea, aquí estamos nosotros.

JUNÍPERO. -¿Qué es eso? ¿Habéis hallado a Teresa?

CIGARRÓN. -No: venimos a extender la diligencia de lo ocurrido con ese condenado armario para conocimiento del santo Tribunal.

JUNÍPERO. -¿Y maese Nicodemus?

ESPARAVÁN. -Anda en descubierta de una cama; pero hasta ahora no ha encontrado más que la del suelo.

JUNÍPERO. -Voy a persuadirle que se acomode en el pajar.

Escena V

ESPARAVÁN, CIGARRÓN.

CIGARRÓN. -Joven farmacéutico, sentémonos.

ESPARAVÁN. -Sentémonos. (*Al sentarse en las sillas, éstas dan una especie de graznido.*)

CIGARRÓN. -Amigo Esparaván, ¿habéis observado?

ESPARAVÁN. -No; pero he oído sin observar. Las sillas han dicho *guay*.

CIGARRÓN. -Sí, han dicho *guay*.

ESPARAVÁN. -Y *guay* quiere decir *ay*. Y *ay* quiere decir quejarse.

CIGARRÓN. -Vaya, vaya, el miedo es el que os aqueja a vos, y no poco. Esto debe ser una ilusión. (*Vuelven a sentarse y repítese.*)

ESPARAVÁN. -¿Lo veis, pecador?

CIGARRÓN. -¡Por el aspa de San Andrés! Ésta es una ilusión que se parece mucho a un graznido.

ESPARAVÁN. -¿No habéis oído decir que todo cuanto existe en la naturaleza tiene vida, y que es delito abusar? ¿Quién sabe si estas viejas sillas?...

CIGARRÓN. -No, señor: la silla, en el mero hecho de serlo, debe saber para lo que sirve, y será una debilidad de nuestra parte atender a tan injusta reclamación. ¡Firmes en ellas!

ESPARAVÁN. -¡Firmes! (*Se sientan, graznan las sillas y ellos se caen.*) ¡Ay Cristo de la caída! Ya estoy lo mismo que Adán al criar Dios a Eva.

CIGARRÓN. -¿Con una buena cara delante?

ESPARAVÁN. -Con una costilla menos detrás.

CIGARRÓN. -Pues de mí pueden haber salido tres Evas o cuatro. ¡Otra!, el legajo que pusimos aquí, voló.

ESPARAVÁN. -Si hubiera volado, le hubiéramos visto. Sin duda hay algún escotillón en el tablero de la papelera, y por él se ha colado dentro.

CIGARRÓN. -Saquemos el cajón de arriba. (*Lo hacen.*) Está vacío, como bolsa de estudiante.

ESPARAVÁN. -Vaya el del medio... Vacío también.

CIGARRÓN. -A ver el de abajo... Ídem, ídem.

ESPARAVÁN. -¿Me sabréis explicar, amigo Cigarrón, en que consiste que, habiendo sacado los tres cajones de este mueble, se quede tan cerrado como antes?

CIGARRÓN. -Consiste en que tiene cajones suplentes para ausencias y enfermedades.

ESPARAVÁN. -Afuera los suplentes. (*Sacan sucesivamente otros tres.*) Uno.

CIGARRÓN. -Dos.

ESPARAVÁN. -¡Tres!

CIGARRÓN. -Y no hemos hecho nada.

ESPARAVÁN. -Repitamos la operación. ¿Ha de ser interminable esta cajonería?... (*Sacan otros tres.*) Uno, y van siete.

CIGARRÓN. -Dos, y van ocho.

ESPARAVÁN. -Tres, y van nueve.

CIGARRÓN. -Cuatro, y van diez.

ESPARAVÁN. -Cinco, y van once.

CIGARRÓN. -Seis, y van doce. ¡Y cerrado como antes! Esto es brujería, y ya pasa de raya. No, pues no se ha de reír de mí el dueño del trasto. Esparaván, saquemos al camino papelera y cajones y hagamos con todo un auto de fe. O soy familiar de la Santa... o no. ¡Hola, muchachos! Venid, ayudadnos.

ESPARAVÁN. -Al fuego con ellos. (*Se van, llevándose los cajones, etc.*)

Escena VI

DON JUNÍPERO, NICODEMUS, LA LOCURA, *dichos.*

NICODEMUS. -Una vez que me aseguráis tan positivamente que Teresa está en casa, quiero marchar sin dilación a Madrid.

LOCURA. -En la venta acaban de parar un coche de retorno y unos mozos con una silla de manos.

NICODEMUS. -Me apodero del coche: Esparaván se volverá despacio con los caballos. (*Vase LA LOCURA.*)

JUNÍPERO. -En la silla iríais más cómodo; pero ya que os empeñáis en que yo la ocupe...

NICODEMUS. -Yo no tengo empeño en tal cosa; pero me urge mucho el estar en Madrid para custodiar a aquella pícara cuñada. ¿Qué le diré de vuestra parte?

JUNÍPERO. -Decidle... que he dicho yo que no le digáis nada.

NICODEMUS. -El recado, aunque se olvide, no compromete a nadie.

JUNÍPERO. -Hasta que yo os avise, alto silencio acerca de mi persona: lo mismo que si no nos hubiéramos conocido. Esto importa.

NICODEMUS. -Está bien: adiós, mi cuñado.

JUNÍPERO. -Si me dais ese nombre, lo echáis a perder. Desentendeos de mí; haceos cuenta que soy un parroquiano mal pagador.

NICODEMUS. -Ya estoy. Dios le guarde.

JUNÍPERO. -Vaya con Dios. (*Vase NICODEMUS, y sale LA LOCURA y dos mozos que traen una silla de manos.*)

LOCURA. -Aquí están los mozos con la silla. (Tú pagarás el que Celestina se haya apoderado de los dos pobres amantes.)

JUNÍPERO. -(A su tiempo sabrá el maese mis relaciones con Celestina.) ¡Eh!, ganapanes, llevadme con cuidado. (*Entra en la silla.*)

LOCURA. -Descuidad: es gente hábil y forzuda. Si queréis, os llevarán hasta Madrid de una corrida.

JUNÍPERO. -Que me place. Ea, de un tirón a Madrid. (*Los mozos echan a correr con la silla; cáese el fondo de ésta, y DON JUNÍPERO, no pudiendo salir de ella, tiene que correr al paso de los mozos.*)

JUNÍPERO. -¡Eh, eh!, muchachos, que esto es peor que ir a pie. Aguardad, ¡deteneos!

LOCURA. -Sin parar, a Madrid. Ya lo habéis oído.

JUNÍPERO. -Parad, parad.

LOCURA. -Paso redoblado. (*Vanse todos.*)

Interior de un hospital: en el fondo el departamento de convalecientes; a la derecha el de los locos.

Escena VII

DON GARCÍA, a una ventana.

GARCÍA

¡Válgame el cielo!, ¡qué veo!
¡Válgame el cielo!, ¡qué miro!
Con poco espanto lo admiro,
con mucha duda lo creo.
En los brazos de Morfeo
me abandoné por mi mal;
pues en mi sueño fatal
aquella mágica maula,
soplándome en una jaula,
me instaló en un hospital.
Según yo creí, según
la Locura me decía,
nada que temer tenía...
¿Si estaré durmiendo aún?
Soñar es cosa común
en mundo tan singular,
donde se ve sin cesar
triste experiencia que enseña
que todo el que vive sueña
lo que es, hasta despertar.
Yo sueño que arrastro aquí
la cadena que me agobia,
y soñé que con mi novia
de ceca en meca me fui;
a mi costa conocí
que me engañó el corazón,
que la dicha es ilusión,
y el bien mayor muy pequeño,
y que al fin la vida es sueño,
como dice Calderón.

Escena VIII

DON JUNÍPERO, *conducido dentro de la silla con los mozos que vienen corriendo;*
ESPARAVÁN, *que los sigue;* DON GARCÍA.

GARCÍA. -Gente llega; no quiero que me vea nadie. (*Éntrase.*)

ESPARAVÁN. -Alto, alto. (*Asiendo al mozo delantero por los cabezones.*) Aquí es.
Párate, condenado: ¿quieres matar a ese pobre señor? (*Páranse los mozos y DON
JUNÍPERO sale de la silla.*)

JUNÍPERO. -(*Apoyándose en él.*) ¡Ay, Esparaván! ¡Ay, Esparaván de mi alma! ¡Si no es por ti echo los bofes!

MOZO. -Con que nuestro amo, ¿qué nos da ucé para remojar la palabra?

JUNÍPERO. -Plomo derretido es lo que merecéis, caribes.

MOZO. -Pues me parece que no debe ucé quejarse, ¡caramba!, que hemos traído buen paso.

JUNÍPERO. -Volveos con el mismo, si no queréis...

MOZO. -Es que si ucé no nos paga, le llevamos corriendo a la venta.

JUNÍPERO. -Todo menos que eso: prefiero pagar. Tomad (*Les da dinero*) y reventad con ello.

MOZO. -Gracias: Dios le dé a ucé lo que desea. (*Vanse los mozos.*)

ESPARAVÁN. -¿Os vais a quedar aquí?

JUNÍPERO. -Sí, avisa a mis criados que no me esperen: quiero refugiarme en esta Santa casa, porque en la mía no estoy seguro de mis enemigos. Veremos si respetan los brujos este sagrado. Llama por ahí a un dependiente.

ESPARAVÁN. -¡Señor comisario, porteros!...

Escena IX

LA LOCURA, *de hombre; dichos.*

LOCURA. -(*Al salir.*) (Quieres librarte de mis persecuciones, y vienes al lugar donde la sociedad encierra a los menos ofensivos de mis vasallos. Ello dirá.) ¿Quién llamaba? ¿Quién preguntaba por el comisario?

JUNÍPERO. -Un servidor vuestro, que os suplica le sirváis.

LOCURA. -¿Qué es lo que queréis?

JUNÍPERO. -Una cama por mi dinero.

LOCURA. -Al momento. ¡Mozo! (*Llamando.*) ¿Qué enfermedad padecéis? ¿Timpanitis? ¿Gastro-enteritis? (*Sale un mozo y trae dos muletas.*)

JUNÍPERO. -Derrengaditis. No puedo conmigo de cansado; y si me tengo en pie, no es sino por decencia y porque Esparaván me sirve de Cirineo.

LOCURA. -(Al mozo.) ¿Qué llevas ahí?

MOZO. -Las muletas para el número quince. Aquel pretendiente a quien, a fuerza de correr, se le dislocaron las rótulas.

JUNÍPERO. -Dadme acá las muletas del pretendiente, que yo también, por serlo, estoy tan descompaginado, que más necesito de encuadernador que de médico. *(Se apoya en las maletas, que van creciendo.)*

LOCURA. -¿Qué pretendíais?

JUNÍPERO. -¡Casarme! Vea vuestra merced qué bicoca.

LOCURA. -¿Y no lo habéis conseguido estando, como estamos, en minoría los varones?

JUNÍPERO. -Pues a pesar de la minoría, y hacerme pertenecer a la mayoría, mi novia me ponía *gratis* un sustituto y... *(Repara en la altura que lo han subido las muletas.)* ¡Virgen de la Asunción! Si el pretendiente subía como sus muletas, habrá sido ministro.

LOCURA. -A consecuencia de esto se volvió loco. Casi todos paran así.

JUNÍPERO. -¡Socorro!, ¡que me caigo!... Ya no me caigo. ¡Ay, el tal pretendiente estaba enamorado! Esparaván, sostenme.

ESPARAVÁN. -Por cierto, señor, que pesáis como disparate ministerial.

JUNÍPERO. -Ruégooos que me deis, y así logréis lo que más falta os haga, un cuarto donde haya muchísimo silencio, muchísima tranquilidad, donde no se sienta volar una mosca.

LOCURA. -Os acomodaré en el departamento de los parálíticos, que son, como podéis figuraros, gente poco bulliciosa.

JUNÍPERO. -Bien: me arreglaré con la parálisis.

LOCURA. -Mozo, llevad al señor al corredor de San Babilés, cuarto número 5.

ESPARAVÁN. -Señor Don Junípero, que descanséis.

JUNÍPERO. -Adiós. *(Se entra con el mozo por la puerta del fondo. ESPARAVÁN se va por la izquierda.)*

LOCURA. -Ahora no me falta más que traer aquí al boticario. -Ya he tranquilizado al pobre García con la esperanza de su próxima libertad. Pensaré después en Teresa. *(Paséase cruzando el teatro.)*

JUNÍPERO. -*(Desde el cuarto.)* ¿Con que ésta es mi habitación?

LOCURA. -Ya lo veis: es ventilada y tranquila.

JUNÍPERO. -Y está servida como la alcoba de un arcediano. *(Al mozo.)* A ver tú, dame ese balandrán y un gorro de dormir: necesito estar holgado para descansar. *(Se sienta en un sitial.)* ¡Ay, qué gusto cuando puede uno extender sus miembros doloridos!... *(Ábrense todas las ventanas del departamento: en la una aparece un trompeta tocando, en la otra un calderero, en otra un zapatero machacando suela, etc.)* ¡Virgen de Belén! ¿Qué baraúnda es ésta? ¡Ni el caballo del Retiro que lo aguante! ¡Señor comisario! ¡Señor comisario! ¡Señor comisario! *(Quítase de la ventana, ciérranse las otras y cesa el ruido. Sale DON JUNÍPERO.)*

LOCURA. -¿Qué sucede, caballero?

JUNÍPERO. -Esto es un horror, una herejía.

LOCURA. -Pero ¿cuál?

JUNÍPERO. -¿Cuál? ¡Friolera! Que me habéis aposentado entre una cáfila de caldereros, de músicos de la murga, de zapateros que arman un estrépito diabólico. *(Ábrense las ventanas y aparecen enfermos, leyendo unos, y otros durmiendo.)*

LOCURA. -Yo no entiendo lo que decís: mirad a las ventanas, y ved si los enfermos que no están durmiendo pueden tener ocupación más silenciosa.

JUNÍPERO. -¿Habría sido todo aprensión mía? Cierto que los tales camaradas parecen personas bastante quietas: sin embargo, yo juraría que había un *zis-zas*, que aún me anda zumbando en las orejas. Amigo, perdonad; puedo haberlo soñado: veinticuatro horas hace que tengo la cabeza perdida. Me vuelvo a mi cuarto a dormir. *(Vase.)*

LOCURA. -Pesado sueño ha de ser el tuyo, si duermes hoy. *(Ciérranse las ventanas.)*

JUNÍPERO. -*(Desde el cuarto.)* En efecto, me había equivocado: no me vendrían mal unos paños de nieve en la cabeza. *(Se sienta: vuelven a abrirse las ventanas y se repite el alboroto.)* No: pues ahora estoy seguro de que no lo sueño. ¡Comisario!... ¡Mozos! ¡practicantes!... ¡obregones!! *(Cesa el ruido.)*

LOCURA. -¡Dale! ¿Qué ocurre de nuevo? Caballero, vos a cada paso turbáis la tranquilidad del establecimiento.

JUNÍPERO. -No es mala tranquilidad la suya.

LOCURA. -Si no os halláis bien aquí, marchaos.

JUNÍPERO. -Sí, señor, que me marchó: a la hospedería de los cartujos.

LOCURA. -Pues andad con mil diablos.

JUNÍPERO. -Ellos son los que andan conmigo.

Escena X

NICODEMUS, DON JUNÍPERO, LA LOCURA.

NICODEMUS. -Aquí me ha dicho Esparaván que se halla mi hombre. Buen amigo, ¿podréis decirme dónde para mi cuñado?

LOCURA. -Y ¿quién es ese caballero?

NICODEMUS. -El que se va a casar con mi pupila.

LOCURA. -Pero ¿quién se casa con ella?

NICODEMUS. -El hidalgo.

LOCURA. -Dad esas señas al pregonero para que le busque, que son seguras.

JUNÍPERO. -(Desde la ventana.) ¡Maese Nicodemus!

NICODEMUS. -¡Don Junípero! Amigo, teníais razón: Teresa está en casa.

JUNÍPERO. -¿No os lo dije yo?

NICODEMUS. -Y ¿qué os ha sucedido?

JUNÍPERO. -Mil calamidades. Venid al cuarto y os contaré más pasos que tiene un vía-crucis.

NICODEMUS. -Con permiso de este señor. (Vase.)

LOCURA. -Ya están reunidos como yo deseaba. Rejas y cerrojos que guardáis a tantos infelices, cuya desgracia consiste en no saber ocultar su locura, caed a mi voz. Amantes ofendidos, mujeres olvidadas, venid y gozad un momento de alegría y de libertad. (Caen las rejas del departamento de los locos, y salen éstos en tropel y gritando. Vase LA LOCURA.)

Escena XI

DON GARCÍA, locos y locas; DON JUNÍPERO, y NICODEMUS, en el cuarto.

CORO DE LOCOS

Empiece el ruido
y los porrazos,
caigan las rejas
hechas pedazos:
y en este día
atruene el mundo
nuestra alegría.
La calma y el silencio
son tristes por demás:
silencio, pues, y calma
vayan a pasear.
Cuanto más ruido hagamos
menos silencio habrá.

GARCÍA

¡Oíd, castellanos! Yo soy
el Conde Fernán González;
y como el Rey de Aragón
me tiene mucho coraje,
tratándome como a joya
creyó prudente guardarme.
Mas mi esposa la Condesa
cambió conmigo de traje,
y salí dando respingos
con sus sayas por las calles,
seguido de dos mancebos
a quien prendó mi talante.
Allí gime la Condesa
cautiva; con que ayudadme:
bloqueemos el alcázar,
traed pertrechos.

LOCOS

Al instante.

(Parte de locos se va, y vuelve en el momento con tres escaleras; dos tinajas preparadas a manera de morteros, y dos jeringas a manera de cañones.)

NICODEMUS

¿Con que se volvió García
demente?

JUNÍPERO

¡Qué disparate!
Desde que nació lo está.
¡Si es poeta!

NICODEMUS

¡Ya!

GARCÍA

(A su gente.) Alinearse.
¡Ah! ¡Mirad allí mi esposa!
(Señalando a DON JUNÍPERO.)
¡Mirad su rostro de Ángel!
Juradme verter por ella
la última gota de sangre.

LOCOS

Lo juramos.

GARCÍA

¡Ah bien mío!

JUNÍPERO

¡Ay!, que me toma el salvaje
por mujer; que me bloquea
el amante de mi amante.
Salvémonos, Nicodemus.

NICODEMUS

¿Por dónde?

JUNÍPERO

Por cualquier parte.

GARCÍA

Hagan fuego los morteros,
atruene el cañón los aires.
Rifi-rafe.

(Dispáranse las tinajas y las jeringas; abren boquetes en el piso principal, y lo escalan: al mismo tiempo se ve a NICODEMUS y JUNÍPERO sobre las dos chimeneas del tejado.)

NICODEMUS ¡Ay!

JUNÍPERO ¡Que me tuesto!

LOCOS ¡Rafe-rifi-rifi-rafe!

Portal en casa de DON JUNÍPERO: a un lado el cuartito del portero.

Escena XII

ESPARAVÁN, *un* PORTERO.

ESPARAVÁN. -Guárdele Dios, amigo. El señor Don Junípero Mastranzos...

PORTERO. -No recibe hoy a nadie.

ESPARAVÁN. -Hombre, si casualmente vengo a avisar a usarcedes...

PORTERO. -Ya digo que no está en casa.

ESPARAVÁN. -Sí; pero yo tengo que prevenir...

PORTERO. -Lea ese rétulo si sabe, lo que yo no necesito. Ahí dicen que dice que nadie pase sin hablar con el portero.

ESPARAVÁN. -Si yo no trato de pasar: si yo sólo tengo necesidad de...

PORTERO. -Respete usarcé las leyes interliminares.

ESPARAVÁN. -Pero atienda usted a razones.

PORTERO. -Pediré auxilio a la cocina.

ESPARAVÁN. -Pídale usarcé, si quiere, a la caballeriza; pero...

PORTERO. -Y soltaré el perro que muerde.

ESPARAVÁN. -Probablemente será más racional que su amo.

JUNÍPERO. -Mi obligación es echar con cajas destempladas a la gentecilla.

ESPARAVÁN. -La obligación de usarcé es oír a los que le hablan; y aunque le lleve pateta...

PORTERO. -Y por más que ucé se empeñe...

ESPARAVÁN. -Ha de saber que su amo se queda en el hospital descansando, y me envía a decir a usarcedes que acaso no vendrá en todo el día de hoy.

PORTERO. -(Hablando al mismo tiempo que ESPARAVÁN.) Ha de salir del portal inmediatamente, o cogeré una tranca y le molere las costillas... ¡Ah!, ¿con que venía usarcé con recado de mi señor?

ESPARAVÁN. -Pues, para que no estuvieran aquí con cuidado.

PORTERO. -¡Qué disparate! Cuando él está en casa es cuando debemos tener cuidado. En saliendo fuera, maldito; pero allí viene ya.

ESPARAVÁN. -Pronto se ha restablecido.

Escena XIII

DON JUNÍPERO, *dichos*; luego LA LOCURA.

PORTERO. -¡Oh, señor!, seáis bien llegado. Este buen hombre me había dado un susto, diciéndome que os hallabais echadillo a perder.

JUNÍPERO. -Ya me he repuesto.

ESPARAVÁN. -En efecto, no se os conoce ya el cansancio de la jornada en silla de pies, quiero decir, de manos.

JUNÍPERO. -¿Qué se ha de conocer? ¿Qué es aquello para un hombre de mi fibra? Yo soy un roble. (Gracias al talismán que me acaba de dar Celestina.)

LOCURA. -(Dentro.) ¡Calabazas y pimientos!

PORTERO. -Ésta no es la voz de la foncarralera que viene a casa.

LOCURA. -(Dentro.) ¡Berenjenas y tomates, cebolletas y pepinos! ¡So, borrico, so!... (Sale vestida de labradora.) Guarde Dios a la buena gente. ¿Vive aquí Don Junípero Mastranzos?

PORTERO. -No recibe a nadie.

LOCURA. -Es que...

PORTERO. -No está en casa: está invisible.

JUNÍPERO. -¿Qué le quieres a Don Junípero, prenda?

LOCURA. -¡Toma, que es su mercé! ¿Pues a qué me dice ese tío que no está en casa?

JUNÍPERO. -Es mi portero, y le pago para que mienta.

LOCURA. -No desempeña mal el encargo. Pues, señor, yo soy nieta de la tía Magallona... y la tía Magallona me envía de Fuencarral con una carga de hortaliza para su mercé. Ella no viene, porque como ya es de noche...

JUNÍPERO. -Ha hecho muy bien la abuelita en quedarse por allá. (¡Por la barca de Fuentidueña que la chica es preciosa!)

LOCURA. -Con que voy a entrar el serón.

JUNÍPERO. -No consentiré yo que te tomes ese trabajo. Descargad vosotros la caballería. (*Vanse el PORTERO y ESPARAVÁN.*)

LOCURA. -Viva su mercé mil años. (Voy a ver si le quito los polvos de Celestina.) Pues, señor, yo tenía que pedir a su mercé un favor.

JUNÍPERO. -Pide cuanto quieras, hermosa.

LOCURA. -Mi abuela me trujo por navidades a Madrid, y juimos una tarde al corral de la Cruz a ver una comedia. ¡Ay!, ¡lo que yo me divertí en aquella junción! ¡Cómo se me iban los ojos tras de una reina mora con guarda-infante, que la iban a meter monja, y ella no quería, porque estaba casada en secreto con un arzobispo! En fin, ¿qué quiere su mercé que le diga! Yo conocí que aquél era mi sino, y sin más ni más hice voto de ser comedianta.

JUNÍPERO. -Muy bien.

LOCURA. -No, no tan bien; porque cuando allá en el lugar se lo dije a mi abuela, me hartó de mojicones para quitarme de la cabeza aquella aprensión.

JUNÍPERO. -Y ¿qué efecto produjo la retórica manual de la abuela?

LOCURA. -¡Toma!, inficionarme más al teatro.

JUNÍPERO. -Y ¿qué es lo que pretendes de mí?

LOCURA. -Que su mercé, que tendrá conocimiento con el autor y el despabilador y todos los regidores de la compañía, les hable por mí, y les diga que soy muy buena muchacha, y que tengo mucha habilidad, y que no soy fea.

JUNÍPERO. -Eso último ya lo dirán ellos sin que yo se lo advierta. (Vale más que Teresa con tercio y quinto.) Pero, hija, ¿cómo respondo yo de tu disposición cómica, si no veo antes una muestra de ella?

LOCURA. -¡Toma! Cabalitamente quería yo que su mercé me oyera un paso de una trajeria, que he aprendido en menos de seis meses.

JUNÍPERO. -¿De qué pieza es?

LOCURA. -De una que lleva el nombre de una señora muy pícara, que se llamaba como otra que fue muy buena.

JUNÍPERO. -Esas señas convienen a todo nombre de mujer.

LOCURA. -El nombre de la tal acaba así como en *recia* o *necia*, y el apellido se parece a alforja.

JUNÍPERO. -¿Lucrecia Borja?

LOCURA. -Eso es.

JUNÍPERO. -Vaya en gracia.

LOCURA. -Y se llamaba Lucrecia.

JUNÍPERO. -Yo sé de memoria todo ese drama. Principia; que sea la escena que fuere, yo te daré las réplicas.

LOCURA. -Comienzo, pues:

Envenenado estás. (Declamando.)

JUNÍPERO Señora, ¿es cierto?

LOCURA Como catorce y diez son veinticuatro.

JUNÍPERO Vos me servisteis la traidora copa,
y bebí sin recelo: soy un asno.

LOCURA

Deja tus alabanzas por ahora,
que el lance es peliagudo y apurado,
y ya verás al acabar la escena
cómo sobre una silla me desmayo.
Escucha: sabe que mi esposo el Duque
de ti celoso está; se ha figurado
que eres tú mi cortejo, y me propuso
que te viese morir a candilazos,
o que en el vino que beber debías
te presentara un tósigo mi mano.

Un veneno terrible, aquel veneno
cuyo nombre no más cubre de espanto
la faz de todo el que en Italia sabe
cuántas víctimas ha despabilado.

JUNÍPERO

Sí, ya estoy: el veneno de los Borjas,
que son incomparables boticarios.

LOCURA

Ése es el que bebiste: en el bolsillo
siempre a la cinta su remedio traigo,
combinación secreta que en el mundo,
si no mi hermano, y yo, y el Padre Santo,
nadie la sabe hacer. En este pomo
está la vida y la salud, Genaro;
y de la muerte próxima te libra
sólo una gota, cuanti más un trago.
(Registrando a DON JUNÍPERO.)
Su mercé debe tener
por aquí en la faltriquera
algo que haga de frasquete.
Esta cajita... ¡qué bella! (La de los polvos.)
¿Es de rapé?

JUNÍPERO No es rapé.
No sabes lo que te pescas.

LOCURA

Al contrario, Don Junípero:
tendí el anzuelo muy diestra;
y tanto sé lo que pesco,
que sé que esta caja encierra
los polvos que Celestina
os dio de su amor en prueba;
y como pueden perder
a García y a Teresa,
a tenerlos decidida
vine por ellos resuelta.

JUNÍPERO

Pero ¡esto es una locura!

LOCURA

Justamente yo soy ésa.

JUNÍPERO

Y ¿así tratáis a un vasallo?

LOCURA

No, que vos sois de otra secta:
la de los tontos, la más
poblada que hay en la tierra.

JUNÍPERO

Gracias y escuche.

LOCURA

Soy sorda.

JUNÍPERO

Mire a lo menos...

LOCURA

Soy ciega.

JUNÍPERO

Oiga razones.

LOCURA

Soy loca.

JUNÍPERO

Dice bien; y yo un babieca.

Vista exterior de la venta en que principió el acto. Una galera arrimada a la pared.

Escena XIV

CELESTINA, NICODEMUS.

NICODEMUS. -Yo creía que Teresa estaría tan segura en el convento como un aceite esencial en una redoma tapada herméticamente.

CELESTINA. -Las esencias se disipan en las redomas, y las niñas en cualquier punto de la corte están expuestas a la disipación. Por eso os he aconsejado este viaje y que la dejéis conmigo en la casa que acabo de construir a corta distancia de Huesca. No tengáis cuidado ninguno en orden a la chica, ya que me confiáis su custodia.

NICODEMUS. -La tal Doña Teresita Loreto, mi dichosa cuñada, me tenía la paciencia saturada de fastidio. Pero allá en vuestra nueva habitación, ¿os prometéis conseguir que se case con Don Junípero?

CELESTINA. -(No lo verán tus ojos.) Por lo menos se evitará que se case con García.

NICODEMUS. -Y ¿por qué no queréis que Don Junípero nos acompañe? No parece sino que formáis empeño en separarle de su novia y tenerle siempre a vuestro lado. Pues el trato engendra cariño, y viceversa, la incomunicación no engendra nada.

CELESTINA. -(Cederé, para que no sospeche.) Convengo en que marche con vuestras mercedes en lugar de venirse conmigo. Voy a avisarle, y me marcho sola en seguida.

NICODEMUS. -Ea, pues, hasta la vista.

CELESTINA. -(*Al retirarse.*) Buen viaje. (Al cabo Teresa no le quiere, y él sabe que la jornada ha de acabar con nuestro casamiento.) (*Vase.*)

Escena XV

NICODEMUS, TERESA; luego DON JUNÍPERO, ESPARAVÁN y Mozos.

NICODEMUS

Esta madre Celestina
me tiene un cariño tal...
Como que los dos untamos,
es cosa muy natural.
Digo, Loretito, niña.

TERESA
Cuñadito.

NICODEMUS
Ven acá.

TERESA
Estoy furiosa, cuñado.
Según dice Esparaván,
lo que era una diversión
es un viaje formal.
¡Digo! ¡Hasta Huesca!
NICODEMUS Eso es.
Hasta Huesca nada más.
El doctor me ha recetado,

si pretendo pelear,
algo de rusticación.

TERESA

Bien rustiquecido estáis.
Vuestro médico os adula.
¡A Huesca! ¿Pensáis quizá
que con la mudanza de aguas
me parezca más galán
Don Junípero, que es...

NICODEMUS

Un hidalgo. (Sale DON JUNÍPERO.)

TERESA

Un animal.

JUNÍPERO

Servidor. Yo siempre llevo
con mucha oportunidad,
según maese. Teresa,
me gustáis diez varas más
desde la última jornada
(en que hice la atrocidad
de venderme a Celestina
por un pedazo de pan).
Tenéis, así, un no sé qué
y un no sé cuándo... pues.

TERESA

Ya.

NICODEMUS

¿Os ha dicho Celestina
que podéis acompañar
a vuestra novia?

JUNÍPERO

Eso mismo
no dijo, pero es igual;
pues siendo vos...

NICODEMUS

¿Yo la novia?

JUNÍPERO

Por merced tan singular
yo le di un millón de gracias
(y le diera otro en metal,
que por no mirar su cara
no es grande la cantidad.)

NICODEMUS

Y decidme, Don Junípero,
¿qué habéis hecho por allá
dentro? A ninguna doncella
antes de matrimoniar
se la debe buscar sola
en un retrete...

JUNÍPERO

¡Yo!, ¡quia!
La fui a decir un requiebro,
pero ella con esa sal
que tiene, y esa franqueza
tan encantadora y tan...
Me dijo tanta insolencia,
que yo, temiendo quizá
que me diera en su entusiasmo
diez arañazos o más
para mostrarme su amor
y dulzura natural,
desfilé hacia la cocina
a fin de dejarla en paz
y a preparar colación:
lista la tenemos ya;
pero, amigo, en esta venta
los cubiertos son de pan,
a excepción de el del ventero,
que es de cuerno, y que será
reservado para vos.
Ahora me voy a buscar
en la maleta el de plata
para Loretito, y más
quisiera que fuera de oro,
que en su boca de coral
deben entrar sólo cosas
muy preciosas: esperad. (Vase.)

TERESA

Con que ¿no hay remedio? ¿A Huesca?

NICODEMUS

A Huesca, y sin replicar,
o te pongo por badajo
de la campana fatal.

TERESA

¿No veis que mi novio es tonto?...

NICODEMUS

De esposo lo será más.

TERESA

Y feo...

NICODEMUS Dios le hizo así,
y es pecado replicar.

TERESA

Y presumido, y que yo
no podré amarle jamás.

NICODEMUS

Ésa es cuenta tuya y suya,
y del diablo cuando más.
Pero ¿dónde estáis metido,
cuñadito?

JUNÍPERO

¡Voto a San!...
Si no encuentro mi cubierto;
lo dicho: él echó a volar
y yo estoy volado.

VOZ

(Dentro.) Vuela.

(La galera se despedaza y vuela; DON JUNÍPERO queda pegado en una pared. Al ruido sale de la venta una porción de gente.)

JUNÍPERO

¡Ay!

NICODEMUS

¡Virgen del Tremedal!

ESPARAVÁN

¿No lo dije?

NICODEMUS
¿Y Don Junípero?

TERESA
Se ha estrellado... ¡ja, ja, ja!

NICODEMUS
¿Y aún te ríes? Venga pronto
una escalera. ¡Trepad!
(DON JUNÍPERO cambia de sitio a medida que colocan la escalera.)
Despegadle... a la derecha...
No: a la izquierda.

VOCES
Al centro.

TODOS

¡Ah!
NICODEMUS
Junípero, a tus míseros despojos
consagrará mi fe kiries y oremus;
tu pérdida le pone a Nicodemus
miedo en el corazón, llanto en los ojos. (Vanse.)
La sala en que principió el acto.

Escena XVI

DON GARCÍA *disfrazado de peregrino viejo, con barba larga, esclavina adornada de conchas, y en la mano un bordón de estoque.*

Facilitó Celestina
mi proyecto con su ausencia;
sus polvos, que la Locura
pudo lograr que volvieran
a mi poder, alejaron
al galán de Fuentidueña:
ya solamente me falta
llevarme de aquí a Teresa.

Escena XVII

NICODEMUS, TERESA, un MOZO, DON GARCÍA.

NICODEMUS

¡Pobre hidalgo! ¡Pobrecito!

Se quedó como una oblea,

y una bocanada de aire

le hará dar mil volteretas.

Todas son calamidades

para el que una vez se estrella...

No hay consuelo para mí...

Si no me sacan la cena.

MOZO

Consuélese, buen señor,

que voy al punto por ella. (Vase.)

GARCÍA

Guárdeos el cielo.

NICODEMUS

Y a vos.

TERESA

(¿Qué voz oigo? Me penetra
el alma.)

NICODEMUS

Hermano conchudo,

¿a dónde peregrinea

vuestra merced?

GARCÍA

A Loreto.

TERESA

(¡Él es!)

NICODEMUS

¿Se llama?...

GARCÍA

Esteban

Chirinola.

NICODEMUS

¡Hombre!, ¡qué diantre!
Yo me llamo Chirinela.

GARCÍA

Por muchos años. En gracia
de lo poco que discrepan
los apellidos de entrambos,
vuestra bondad me conceda
su compañía esta noche,
si ha de dormir en la venta.

NICODEMUS

No tengo dificultad;
pero, camarada, advierta
que es con una condición.

GARCÍA

¿Cuál?

NICODEMUS

Que no le doy mi mesa.

TERESA

Yo os la doy, buen peregrino.
(Dos mozos sacan una mesa aparada y con luces.)

GARCÍA

Caritativa doncella,
no tengáis por mí cuidado:
yo cenaré lo que quiera.

MOZO

¡Cómo! ¡Por amor de Dios!

GARCÍA

Por amor de la moneda.

TERESA

(A NICODEMUS.) Una mesa para mí;
yo no me siento a la vuestra.

GARCÍA

Ni yo.

NICODEMUS (Sentándose.)

Pues que traigan otras,
que yo me apodero de ésta.

Siéntese el buen Chirinola
donde mejor le parezca.

GARCÍA
Todo puede componerse.
Vuestra merced ¿se contenta
con la que tiene?

NICODEMUS
Sí tal.

GARCÍA
(A TERESA.) Venid vos a la derecha
y yo pasaré a ese lado.

(Tira de la mesa, primero por un extremo, y por cada lado sale otra mesa con viandas y
luces, quedando sin nada la de en medio, a la cual está sentado NICODEMUS.)

TERESA
¡Bien!, ¡muy bien!

(GARCÍA y TERESA se sientan y comen.)

NICODEMUS
(Levantándose.)
¿Con que me deja
sin nada el buen Chirinola?

GARCÍA
Siéntese el buen Chirinela.

NICODEMUS
(Éste es brujo.) Una ración,
chico.

MOZO
Veré en la despensa.

NICODEMUS
¡Por vida de!...

GARCÍA
Sin jurar.
Ayune el buen Chirinela.

NICODEMUS

(Peregrino y viejo... debe
ser gran hablador por fuerza.
Le haremos que charle, a ver
si su apetito se templá,
y a mi estómago infeliz
alza la terrible veda.)
Usarcé de sus viajatas
podrá contar muchas nuevas.

GARCÍA
Sí.

NICODEMUS
Diga usarcé: ¿ha estado
alguna vez en Judea?
En la Tierra Santa.

GARCÍA
Sí.
NICODEMUS Lacónico es de respuestas
usarcé.

GARCÍA
Sí.

NICODEMUS
(¡Cómo traga!)
Y ¿hay también en esa tierra
boticarios?

GARCÍA
Sí.

NICODEMUS
¿Qué tal
les va por allá? ¿Pelechan?
¿Son ricos?

GARCÍA
Se mueren de hambre.

NICODEMUS
Desgracia es de que se queja
también aquí alguno.

GARCÍA

¡Ya!

NICODEMUS

Un poco de escamonea
necesito, porque yo
tengo una botica en regla,
y me alegrara infinito
de entablar correspondencia
con un profesor de allá.
Si vuesarcé conociera
por acaso a quien pudiere...

GARCÍA

Sí: yo conocí un babieca,
tutor de una hermosa joven,
honrada, amable, discreta,
viva imagen de la dama
que enfrente de mí se sienta.

TERESA

Gracias; lisonjero sois.

GARCÍA

Cobró afición a un poeta...

TERESA

¿Quién? ¿El tutor?...

GARCÍA

La pupila.

NICODEMUS

¿También hay allí tontuelas
que se enamoran de coplas,
como hacen las madrileñas?

GARCÍA

Un hidalgo cerril
le quiso la preferencia
disputar...

NICODEMUS

¿Qué? ¿También hay
en Palestina nobleza?

GARCÍA

Y el boticario tutor,
que usurpaba sin conciencia
los bienes de su pupila,
hombre soez, alma hebrea...

NICODEMUS
¡Por Dios, señor Chirinola!

GARCÍA
Siéntese el buen Chirinela.

NICODEMUS
Con que decía usarcé...

GARCÍA
Que vuestro digno colega
negó al ingenio la dama
y la vendió a la riqueza.

NICODEMUS
¿Y el ingenio se hizo brujo,
por llevarse la prebenda?

GARCÍA
Sí; y aunque ya le sobraba
poder para echar en tierra
del rival y del tutor
la ridícula soberbia
y vengar la tropelía
que sufrió su dulce prenda,
se contentó generoso
con resistir la violencia
y al despedirse decir:
«Mentecato, mira y tiembla.»

(Desaparecen los vestidos de disfraz que trae GARCÍA y queda en su traje ordinario.
Acércase a TERESA y la coge la mano.)

NICODEMUS Y
a miraba yo y temblaba
sin que ucé me lo dijera.

TERESA
¡García!

GARCÍA

Sigue mis pasos.

NICODEMUS

No hay remedio, ¡se la lleva!

GARCÍA

Adiós, y véngame a ver
cuando yo a la corte vuelva,
que me ha dado ciertamente
buen rato el buen Chirinela.

TERESA

Véngame también a ver
a mí con toda franqueza,
que en el banquete de boda
le doy mi formal promesa
de indemnizarle esta noche
de involuntaria abstinencia.
NICODEMUS Dios os guarde.

GARCÍA

No acompañe.
Quédese el buen Chirinela.

NICODEMUS

¡Cielos!, que a un tutor le roben
su pupila en una venta,
y que él no pueda romperle
al robador la cabeza!

(Sale un mozo trayendo en la frente una cabeza de ternera.)

MOZO

Romped ésta, si os parece.

NICODEMUS

Tal la gazuza me aprieta,
que sería hasta antropófago.

GARCÍA

Sedlo, pues.

MOZO

¡Huy! (Vase.)

NICODEMUS

¡Santa Tecla!
¿A que en vez de merendar
el manjar se me merienda?
Dile a tu mágico amante
que mi estómago es un déspota,
que me pongan donde aplaque
mis gástricas exigencias.

TERESA
Vaya a Jauja.

GARCÍA
Vaya a Jauja
el ínclito Chirinela.

Mutación.

Escena XVIII

NICODEMUS, *multitud de cocineros y cocineras.*

NICODEMUS
¡Qué veo! ¡Esto sí me gusta!
Jamones, perdices, tencas...
¡Cómo me voy a vengar
de mi forzosa abstinencia!

COCINERO PRIMERO
Cómase esta polla.

NICODEMUS
Gracias.

COCINERO SEGUNDO
Este palomino.

NICODEMUS
Venga.

COCINERA
Este pastel.

NICODEMUS
¡Qué bonita!

¡Bien sirve esta cocinera!

TODOS

De lo mío, de lo mío.

NICODEMUS

Señores, que me marean.

COCINERO PRIMERO

Esta gallina.

COCINERO SEGUNDO

Este pavo.

COCINERO PRIMERO

Este salmón.

COCINERO TERCERO

Esta crema.

TODOS

De lo mío, de lo mío.

NICODEMUS

¡Que se me va la cabeza!!

BAILETE Y CORO

CORO

Pinches, criados,

venid, venid,

el forastero

a recibir.

Las cacerolas

hagan chis, chis,

los almireces

tin-ti-rin-tín.

No es de los nuestros,

es de Madrid,

que según dicen

es buen país...

Donde teniendo

chispa o monís

brilla cualquiera

chisgarabís.

NICODEMUS

¡Ay que me ahogo,
pobre de mí!

CORO

Pinches, criados,
venid, venid,
el forastero
a recibir.
Las cacerolas, etc.

ACTO TERCERO

Horno de vidrieros.

Escena I

VIDRIEROS, bebiendo y cantando. Después de concluido el coro sale NICODEMUS.

NICODEMUS

Dios os guarde, mancebos.

UN VIDRIERO

Igualmente.

NICODEMUS

¿Habéis visto cruzar por el camino
una figura de cartón viviente,
un hombre recortado en pergamino,
un hidalgo, que, nueva maravilla,
vuela con rapidez hecho tortilla,
y convertido en extensión sin peso,
ancho y largo hay en él, y falta el grueso?

VIDRIERO

Por las señas que ucé nos proporciona,
no es fácil atinar con la persona:
yo conozco de hidalgos un enjambre
ya tan avitelados por el hambre,
que cuando al sol pasean
lo mismo que espejuelo se clarean.

Escena II

DON JUNÍPERO, dichos.

JUNÍPERO

¡Fuego, fuego!, que avisen a la villa.

(Saliendo con el pelo ardiendo de entre un montón de leña.)

TODOS

¡Qué es esto?

JUNÍPERO

(Sacudiéndose la cabeza con las manos.)

Que se quema mi buhardilla.

¡Socórranme, señores;

embarguen una runfla de aguadores!

Agua, por Cristo, en mi cabeza a mares;

traigan en una cuba a Manzanares.

VIDRIERO

¡Vaya que no es el fuego para tanto!

¡Basta un puchero!

(Le arroja un puchero de agua a la cabeza.)

JUNÍPERO

Gracias: el tal río

quizá no lleve dos algún estío.

NICODEMUS

¡Don Junípero!

JUNÍPERO

¡Insigne Chirinela!

NICODEMUS

¿Cómo hasta aquí vinisteis?

JUNÍPERO

Por encanto.

¡Si de hechizos jamás libre me veo!

Cuando no se me empluma, se me pela.

Ya me apagué; mas juraré que humeo.

¿Dónde me dejo ver con esta calva?

NICODEMUS

En el riesgo de ser cristalizado,
no repara en pelillos quien se salva.

JUNÍPERO

Es verdad; pero en todas ocasiones
triste papel hacemos los pelones.
¿Y Teresa?

NICODEMUS

No sé: me la han robado;
y si robar se deja una doncella,
luego sólo el infierno sabe de ella.
Mas ¿de dónde venís?

JUNÍPERO

Vengo... me olvido
de que debo decir que soy venido.
Parte en mis viajes yo ninguna tengo;
luego en todo rigor, si bien lo apuro,
me vienen y me van; no voy ni vengo.

NICODEMUS

¿Dónde, cuando escapasteis desde el muro
en forma de viviente tan incierta
que cantamos por vos el de profundis,
hicisteis alto?

JUNÍPERO

En una isla desierta
que nunca figuró en los mapa-mundis.
Allí me recibieron al momento
con los brazos abiertos a porfía.

NICODEMUS

La isla desierta ¿población tenía?

JUNÍPERO

¡Jesús, maese! ¡Población sin cuento!
Capital del imperio de los locos.
Digo, ¿serán sus moradores pocos?

NICODEMUS

¡Oh!, si la corte de los locos era
os debieron hacer los habitantes
acogida cordial sobremanera.

JUNÍPERO

Son los tales isleños muy galantes,
y a trueque de abusar del forastero
mil cortesías hácenle primero.
Viniéronse hacia mí muy afanados
más de cien matachines titulados,
y al verme comprimido de aquel modo,
volumen nada, superficie todo,
cada Galeno súbito ambiciona
ser el restaurador de mi persona.
Cércanme en derredor; citan latines,
sacan lancetas, abren botiquines,
me revuelven, me suben y me bajan,
me pinchan y me sajan,
y con piedad cruel me dan tormento
por curarme de un mal que yo no siento.
Harto ya de sufrir, doy un arranque,
me zampo de cabeza en un estanque,
me esponjo con el agua, me dilato;
y a despecho de tanto mentecato,
en mi estado repóngome yo mismo,
sin deber a la ciencia un sinapismo.

NICODEMUS

Muy bien.

JUNÍPERO

Pero ¡ay, amigo! ¡Qué severa
es la cólera médica extranjera!
La facultad se enoja
de que yo sin ayuda me recobre
con un baño no más de agua salobre:
tras mí la turba con furor se arroja;
por huir de su enojo,
en un montón de cal ciego me arrojó:
como estaba mojado,
me quedo con la cal calificado.
Agárrame un vidriero, porque sea
componente tal vez de un medio chico;
el horno se caldea,
y aunque con su calor me mortifico,
no quiero que me tueste,
y salir quiero, cueste lo que cueste.
Salgo a medio tostar, como habéis visto;
me cogéis, me apagáis: laus tibi Cristo.

NICODEMUS

¿Y qué resolución tomar debemos,
ya que de mi cuñada no sabemos?

JUNÍPERO

Eso me desatina.
(Me perdió la maldita verdulera.
¿Quién otra vez tuviera
los polvos de la madre Celestina?)

NICODEMUS

Discurrid.

JUNÍPERO

Discurramos: por mi voto,
lo que en este momento nos conviene...

NICODEMUS

Decid, hablad.

JUNÍPERO

A lo que observo y noto,
ninguna duda tiene
que...

NICODEMUS

¿Qué?

JUNÍPERO

Que hace calor.

NICODEMUS

Pues bien, corriente...

JUNÍPERO

Cuando tanto calor el cuerpo siente,
todo el que sabe bien lo que se pesca...

NICODEMUS

O se baña o refresca.

JUNÍPERO

Sí; pero es más barato y da más prisa
el quedarse uno en mangas de camisa.

(Quítase la ropilla y cinco o seis justillos. NICODEMUS se aligera también.)

NICODEMUS

¿Todo eso discurrió vuestro talento,
para calmarme la inquietud que paso?

JUNÍPERO

No diré que es sublime el pensamiento;
mas no me negaréis que viene al caso.

NICODEMUS

Andáis, señor hidalgo, abrigadillo.

JUNÍPERO

Para aquí, sí; para Madrid, es poco.

NICODEMUS

¿Cuál viene a ser el último justillo?

JUNÍPERO

Azul es el primero que me emboco.

NICODEMUS

Y quitado el azul, que aún no le veo,
¿qué queda? ¿Algún espárrago? ¿Un fideo?

JUNÍPERO

No sé; mas sé que aquí me derritiera,
según lo que esa lumbre me hace daño:
yo no sé lo que diera
por poderme encontrar dentro de un baño.

Mutación.

JUNÍPERO y NICODEMUS, en paños menores, dentro de un baño.

NICODEMUS

¡Vaya!, que os sirven a pedir de boca,
¡voto a cribas!

JUNÍPERO

¡Señor! ¿No es cosa fuerte
que cojan la palabra de esta suerte?

NICODEMUS

¡Sí! ¡Valiente bicoca

el coger la palabra hubiera sido!
Pero ¿y el cogimiento de vestido?

JUNÍPERO
¡Hif! ¿Cómo estáis?

NICODEMUS
Más fresco que un aljibe.
¿Y vos?

JUNÍPERO
Hecho un carámbano ambulante,
desde cráneo a talones inclusive.
Pero allí hay una choza, que presumo
que lumbre ha de tener, si no se engaña
el refrán que decimos en España,
de que sin duda hay fuego donde hay humo.

NICODEMUS
El Señor nos depare hombre que sea
tan bueno que de ropa nos provea.

JUNÍPERO
¡Ah de casa! (Llama a la puerta de la cabaña.)

Escena III

GARCÍA, que sale de la cabaña con capa y sombrero de labrador, y embozado hasta los ojos; dichos.

GARCÍA
¿Quién es?

JUNÍPERO
Dos infelices
que de frío no sienten las narices.

GARCÍA
¿Qué se ofrece?

JUNÍPERO
Ofrecer... Nada tenemos
sino frío: si os gusta, partiremos.

GARCÍA

Al caso, sin hacer el resabido.

JUNÍPERO

Pues digo que no ofrezco, sino pido.

GARCÍA

¡Vaya! ¿Y qué es lo que piden?

JUNÍPERO

Hospedaje.

GARCÍA

Que sepa con quién hablo es necesario.

JUNÍPERO

El señor es un triste boticario;
yo caballero soy de alto linaje;
pero este frío que la sangre hiela
la diferencia entre los dos nivela,
porque en paños menores
iguales son plebeyos que señores.

GARCÍA

Voacedes, caballeros,
tienen trazas de locos o rateros
que tratan de robar.

NICODEMUS

Nuestros pecados
nos hicieron venir a ser robados.

JUNÍPERO

Veis que corre un ambiente que traspasa:
con que abridnos las puertas de la casa.

GARCÍA

Gente que no conozco, no la admito.

NICODEMUS

Por caridad.

GARCÍA

¡Que no!

JUNÍPERO

No alcéis el grito.

GARCÍA
Me da la gana.

JUNÍPERO
Sepa el zamacuco
que si en negar porfía,
y se vuelve la súplica combate...
Somos dos, y formamos mayoría.

GARCÍA
Entonces habrá empate,
que también somos dos: yo y mi trabuco.
(Saca un arma de fuego que ocultaba debajo de la capa, apunta a DON JUNÍPERO.)
Largo de aquí a buen paso,
porque si no de un tiro los abraso.

JUNÍPERO
Ése es ya mucho abrigo.

NICODEMUS
Calentarnos bastaba.

JUNÍPERO
Adiós, amigo.

GARCÍA
(A los muchachos que están corriendo sobre la laguna.)
Arrojadme a esa gente aventurera.
Chicos, bolas en ellos.

MUCHACHOS
¡Fuera!, ¡fuera!
(Apedrean con bolas de nieve a DON JUNÍPERO y NICODEMUS, y van tras ellos.)
Un lavadero: campo en el fondo; en los tendederos ropa colgada.

Escena IV

CELESTINA, TERESA, ESCUDEROS, LAVANDERAS, *ocupadas en su labor.*

CELESTINA. -Adelante, niña; adelante, digo.

TERESA. -¿Por qué me llevan presa vuestros escuderos, madre Celestina? ¿Qué mal os he hecho yo?

CELESTINA. -El mayor que pudieras: privarme de dos amantes, de dos maridos.

TERESA. -¿Con cuántos os queríais casar a la vez?

CELESTINA. -Tú tendrás la culpa, si me quedo sin ninguno.

TERESA. -No la tengo yo de que García y Don Junípero me hayan querido; no la tengo de que los hayáis querido vos; no la tengo de que me prefieran a vos tampoco: vos habéis tratado de usurparme mi amante, y yo debiera quejarme de vos si vuestra competencia fuera temible; pero, madre Celestina, dos novios hay, y dos somos nosotras: abandonemos cuestiones poco decentes. Casaos con el Don Junípero, y dejad en paz a García.

CELESTINA. -García no ha querido ser feliz conmigo, y yo no quiero permitir que lo sea con nadie. En la vida volverás a verle: a mi lado estarás siempre, allá en el palacio que ha construido mi saber para celebrar mis desposorios. Vamos, que cerca estamos ya de él.

TERESA. -¿Y no receláis algún peligro de tenerme en vuestra casa? Don Junípero me quiere también; viéndome a vuestro lado, decid, ¿os favorecerá mucho el contraste?

CELESTINA. -Yo respondo de él y de ti.

TERESA. -Gracias, por lo que toca a García.

CELESTINA. -Vamos. (*Vanse.*)

Escena V

LAVANDERAS, *después* ESTUDIANTES.

LAVANDERA PRIMERA. -(Acercándose a los bastidores de la derecha.) Tomasillo, arrea esa bestia para que descarguemos aquí los talegos.

LAVANDERA SEGUNDA. -¡Qué ufana está la Sidora, porque trae la ropa en un carricoche!

LAVANDERA TERCERA. -¡Ya!, si cada una de nosotras tuviese un cortejo carretero, y otro chalán, y otro labrador, a ninguna nos faltaría carruaje, ni caballería, ni pienso.

LAVANDERA SEGUNDA. -¡El demontre de la invención!

LAVANDERA CUARTA. -No se debiera consentir que se alterasen de este modo los estilos del lavadero.

Escena VI

Dichas, GARCÍA y ESTUDIANTES; *luego* DON JUNÍPERO y NICODEMUS.

ESTUDIANTES. -¡Bien, bien! Siga el jaleo. ¡Vivan las lavanderas!

LAVANDERAS. -¡Vivan los estudiantes!

ESTUDIANTE PRIMERO. -*Domina lavatrix, ¿tibi oportet bailare mecum?*

ESTUDIANTE SEGUNDO. -Talegos a tierra, y alto a bailar.

GARCÍA. -Bien está que os divirtáis; pero no olvidéis lo que habéis prometido a un antiguo cursante de las aulas de Huesca. Es preciso alborotar la boda de Don Junípero y Celestina.

ESTUDIANTE SEGUNDO. -Todavía no ha venido el novio al palacio; con que no será tan pronto la ceremonia. Pierde cuidado, que no se librarán de la broma dispuesta.

ESTUDIANTE PRIMERO. -*Cencerradam habebunt. Accipe guitarram, magister.*

ESTUDIANTE SEGUNDO. -Que toque y que cante. ¡Bravo!

ESTUDIANTE PRIMERO. -*Recte, pulchre, optime.*

ESTUDIANTES. -¡Otra, otra, otra! La última.

GARCÍA. -Sí; pero que la cante el novio, que es ese que llega: hacedle que cante.

TODOS. -Sí, sí, que cante. (*Salen DON JUNÍPERO y NICODEMUS.*)

JUNÍPERO. -¡Señores, por San Damián!...

ESTUDIANTE PRIMERO. -Que cante o al lavadero con él.

JUNÍPERO. -No por Dios, basta de baños: yo cantaré.

No saco en las partidas (*Cantando.*)
nota de bueno,
pues no tengo más libro
que tus ojuelos;

y hace ya días
que olvido mis derechos
por tus partidas.

GARCÍA. -Me parece que basta de diversión: acerquémonos al palacio.

ESTUDIANTE SEGUNDO. -Sí, vamos. Adiós, muchachas.

ESTUDIANTE PRIMERO. -*Valetote, puellae.*

LAVANDERAS. -Con Dios, señores. (*Vanse GARCÍA y los estudiantes.*)

Escena VII

LAVANDERAS, DON JUNÍPERO, NICODEMUS.

LAVANDERA PRIMERA. -¿Qué os sucede, buen viejo?

JUNÍPERO. -¡Qué le ha de suceder! Que se figura que está cansado y no quiere andar.
¡Hi, hi, hi! ¡Qué frío hace! En parándome me hielo.

NICODEMUS. -¡Qué ha de hacer frío! Es que se os figura y nada más.

LAVANDERA PRIMERA. -La verdad, sus mercés andan un poco a la ligera. ¿Vienen de echar algún partido de pelota?

JUNÍPERO. -No; pero han andado a pelotazos con nosotros.

NICODEMUS. -Si permitieseis que me llevaran en ese carrito hasta el pueblo...

JUNÍPERO. -Si me dierais en préstamo una mantita para arroparme...

NICODEMUS. -No os podríamos pagar ahora, porque mi dinero se fue con mi ropilla.

JUNÍPERO. -Cierto que no podemos pagar a toca-teja; pero yo os dejaría en prendas a este prójimo, que es una buena alhaja.

NICODEMUS. -Yo soy un boticario rico de Madrid.

JUNÍPERO. -Tiene rolliza espalda, y por lo pronto puede servir de mozo de cordel.

LAVANDERA PRIMERA. -Me acomoda. ¡Ea! Subid vos en el carro, y tomad vos esa manta. (*Da una a DON JUNÍPERO.*)

JUNÍPERO. -¡Oh lavandera magnánima!

LAVANDERA PRIMERA. -Tomasillo, ven, te diré por qué camino has de llevar al señor: cuidado entre tanto vos de mi ropa. (NICODEMUS *ocupa el carro, y se van con él la lavandera primera y el niño.*)

JUNÍPERO. -Desde que no siento tanto el frío, me parece que voy entrando en calor. ¡Ay qué hijo tan desgraciado parió mi madre! ¿Por dónde andará a la hora de esta mi novia Celestina, que no se acuerda de su novio? Verdad es que yo tampoco me acuerdo de ella mucho que digamos, si cuando nos casemos es lo mismo que ahora, vamos a vivir en una paz octaviana: no viéndonos, ¿cuándo hemos de reñir? Saben su oficio estas lavanderas. Dejan la ropa de color ¡blanca como la nieve! (*La ropa desaparece.*)

LAVANDERA PRIMERA. -(*Saliendo.*) Ya va para mi casa ese buen hombre; pero, hidalgo, ¿y mi ropa?

JUNÍPERO. -¿Qué ropa decís?

LAVANDERA PRIMERA. -La que dejé a este lado.

JUNÍPERO. -¡Calle! Pues en efecto que ha desaparecido. Se la habrá llevado el aire.

LAVANDERA PRIMERA. -¿Qué aire, si no se mueve un pelo? Vos la habréis ocultado.

JUNÍPERO. -¿Cómo se entiende? Que me registren, que me reconozcan...

LAVANDERA PRIMERA. -¡No que no! Compañeras, ayudadme a espulgar a este pícaro, que me ha robado.

JUNÍPERO. -Yo no he robado a nadie. Ya quisiera ella tener las manos tan nítidas como yo la conciencia. (*Las lavanderas rodean a DON JUNÍPERO.*) ¡Eh!, cuidado cómo se hurga, que tengo cosquillas. (*Las lavanderas sacan a DON JUNÍPERO, de entre la ropa que tiene puesta, las prendas que dice.*)

LAVANDERA PRIMERA. -¿No lo decía yo? Debajo de la camisa tenía una toalla.

JUNÍPERO. -¡Dios mío!

LAVANDERA SEGUNDA. -Y una mantilla.

JUNÍPERO. -¡Santa Orosia!

LAVANDERA TERCERA. -Y unos calzoncillos.

JUNÍPERO. -¡Ánimas benditas!

LAVANDERA CUARTA. -Y unas medias blancas.

JUNÍPERO. -¡Ésa es más negra!

LAVANDERA PRIMERA. -¡Y una sábana! ¡Es un ladrón!

TODAS. -¡A la cárcel!

LAVANDERA PRIMERA. -No, señor; hagámonos justicia por nuestra mano: démosle un buen jabón en el lavadero.

TODAS. -Sí, al lavadero, al agua con él. (DON JUNÍPERO *consigue escaparse de ellas: síguenle todas.*)

Plaza de aldea: una casa de mediana altura en el fondo.

Escena VIII

ESPARAVÁN, CIGARRÓN.

ESPARAVÁN. -¿Estáis persuadido, en efecto, amigo Cigarrón, de que hemos hecho bien en mudar de amos?

CIGARRÓN. -Lo estoy, y vos debéis estarlo igualmente, porque habiéndome encargado yo de pensarlo por vos, estáis vos obligado a creerlo por mí.

ESPARAVÁN. -Corriente. Creo y confieso que hemos hecho bien en entrar de criados de Doña Celestina.

CIGARRÓN. -Por mil razones: la primera, porque nos conviene.

ESPARAVÁN. -Omitid las demás.

CIGARRÓN. -Si es bruja nuestra ama; si mañana pueden retirarla su salvoconducto y soplarla en la casa negra, ¿qué nos importa a nosotros eso?

ESPARAVÁN. -¿Y si nos llevan a hacerla compañía?

CIGARRÓN. -Mientras estemos allí no tenemos que buscar acomodo. Nos preguntan lo que sabemos, lo declaramos; nos preguntan lo que no sabemos, lo afirmamos como si lo supiéramos. Nos preguntan lo que sabemos que es mentira, decimos que es verdad; nos dan por buenos confidentes, nos echan a la calle y a nuestra ama a la hoguera. A ella podrá este porvenir escocerle un poco; a nosotros, ¿qué? Ea, vamos, no nos echen de menos.

Escena IX

DON JUNÍPERO, CIGARRÓN, ESPARAVÁN.

JUNÍPERO. -¡Eh, eh! ¡Cigarrón! ¡Esparaván! Aguardarse.

CIGARRÓN. -¡Señor Don Junípero!

ESPARAVÁN. -Señor nuestro, ¡qué mal pergeñado venís!

CIGARRÓN. -Nosotros os andamos buscando de orden de misa Doña Celestina: sólo a vos esperan para el desposorio. Venid a tomar posesión del palacio que vuestra novia os ha fabricado.

ESPARAVÁN. -Vestíos corriendo, que viene ya mi ama con toda la comitiva para la boda.

JUNÍPERO. -(¡Dios nos asista!)

CIGARRÓN. -Tomad el ropón. Está magníficamente bordado. Es obra de vuestra esposa.

JUNÍPERO. -Es cosa de gusto; pero la cabellera me agrada más. Este color me hace mucha gracia en el pelo y en las medias.

ESPARAVÁN. -Os cogió ese gusto de pies a cabeza. *(Sale CELESTINA con acompañamiento de damas, caballeros y dueñas.)*

CELESTINA. -Esposo, vos seáis bien venido. Tenéis la cabellera torcida. *(Aparte a JUNÍPERO, que se tira la cabellera a un lado.)*

UN CABALLERO. -Lo mismo digo, señor Don Junípero.

CABALLERO SEGUNDO. -Lo mismo añado.

CABALLERO TERCERO. -Repito lo propio.

JUNÍPERO. -¡Qué diablos! *(DON JUNÍPERO da vuelta a la peluca, hasta ponerla al revés.)* ¿Quieren vuestas mercedes que me caigan las melenas a las narices?

CELESTINA. -Estos caballeros os daban la bienvenida: no hablaban de más. Vamos al templo.

JUNÍPERO. -¡Ay! Vamos allá.

CELESTINA. -¿Qué ruido es ése?

Escena X

DON GARCÍA; ESTUDIANTES, *haciendo estrépito con sartenes, cazos, almireces y cencerros; dichos.*

JUNÍPERO. -¡Uy!, ¡qué cacofonía!

CELESTINA. -Esposo, alejad de aquí a esos impertinentes.

JUNÍPERO. -Cigarrón, ya lo oís. Echad de aquí a esa chusma.

CELESTINA. -Acometedlos, esposo: mi poder os protege.

JUNÍPERO. -Seguidme, caballeros: ¡a ellos!

CABALLEROS. -¡A ellos! (DON JUNÍPERO y los caballeros *desenvainan las espadas y acometen a los estudiantes: algunos de éstos sacan armas también y combaten; otros continúan la cencerrada.*)

GARCÍA. -Ya te encontré por fin, cobarde. Lidia conmigo.

JUNÍPERO. -Poco a poco. Deje usarcé que haga coraje.

CELESTINA. -Lidiad con él, yo os defiendo. (DON GARCÍA *tan pronto estará a la derecha como a la izquierda.*)

JUNÍPERO. -(*Acometiendo a GARCÍA.*) Tu hora ha llegado. ¿Te retiras, eh? No te librarás de la muerte. Ahí está. (DON GARCÍA *se va retirando de DON JUNÍPERO: aparece en el fondo un dragón enorme, que se traga al poeta.*) Si no se le engulle ese bicho, me le sorbo yo. Canallas, allí, allí dentro todos, a pagar la burla que me habéis hecho. (*Persiguiendo a los estudiantes y obligándoles a arrojarse por la boca del dragón.*) Ya no hay enemigos que combatir.

Marchemos al altar, esposa mía,
y aunque allí se repita la pelea,
pendiente de mis hombros todavía
mi formidable acero centellea:
si cualquier perillán nos cencerrea,
tuyo el triunfo será, la gloria mía.
Calabozo debajo del palacio de Celestina.

Escena XI

TERESA

Por más que tiento y que miro,
la escapatoria no encuentro:
me encerraron aquí dentro
como al león del Retiro.
Terribles son los enojos
de una enamorada vieja:
bien lo dicen tanta reja,
tantas llaves y cerrojos.
Si acaso se me condena
por ser poeta mi amado,
si es el quererle pecado,
en él mismo va la pena.
Mas ¡ay! que el que me confina
no entiende de *ego te absolvos*:
mi delito son los polvos
de la madre Celestina.

Escena XII

NICODEMUS, TERESA, CIGARRÓN.

NICODEMUS (*Dentro.*)

¡Cigarrón! ¡Por Jesucristo!...

CIGARRÓN (*Dentro.*)

No hay que cigarronear.

TERESA

¡Qué oigo!

CIGARRÓN

Yo os he de encerrar:
con que adentro... y ande listo.

NICODEMUS

¡Vos a mí hacerme traición!
¡A mí!

CIGARRÓN

¡Calle, o le deslomo!
Sirvo a Celestina como
antes a la Inquisición. (*Vase.*)

TERESA

¿Qué os pasa, querido hermano?

NICODEMUS

¡Teresa! ¿Tú aquí sujeta?
¿Quién te recluye? ¿El poeta?
Dios me venga por su mano.

TERESA

No, señor; quien nos abisma
no es el pobre Verdolaga:
es vuestra amiga, la maga.

NICODEMUS

¿Quién? ¿Nuestra amiga?

TERESA

La misma.
Es Celestina, que hoy
con Don Junípero casa.

NICODEMUS

Esto ya de broma pasa.
Tú estás loca.

TERESA

No lo estoy.

NICODEMUS ¡Ah! ya lo entiendo: sagaz
en mil dudas me sumerges,
para que me quede asperges
y calle y te deje en paz.
No lograrás la intención:
oye, beata embustera,
mis quejas, y por contera
la más negra maldición.
Por tu loca liviandad,
que merece mil azotes,
olvidado de mis botes,
afrento la Facultad.
Ya no hay poder en Madrid
que enfrene a su vecindario,
faltando allí el boticario,
a quien teme más que al Cid.
Ya el médico más severo
sufre de la plebe zumbas,

y se apolillan las tumbas
y huelga el sepulturero.
Y encima del ataúd,
que ni al moribundo espanta,
blasfemando se levanta
carrilluda la salud.
¡Plegue al cielo, si te pilla
la mano el poeta chirle,
que nadie llegue a pedirle
ni una triste redondilla!
Si tuviese algún momento
de feliz inspiración,
encájese de rondón
un idiota en su aposento;
atúrdale con su charla
y la idea se le vuela,
y después, aunque se pele,
no consiga recobrarla.
Rabioso él como una hiena,
vayas a calmarle tú,
y envíete a Belcebú,
y ande la marimorena.
Y si aun padeciendo así
sois de tan pícara estampa
que no se os lleva la trampa
a tu marido y a ti,
conspiren a vuestra ruina
síncopes, cólicos volvos,
catarros, y, en fin, los polvos
de la madre Celestina.

TERESA

Con discurso tan extraño,
aunque muy de vuestro filis,
habéis echado la bilis,
que os estaba haciendo daño.
Me hubiera asustado al pronto;
pero me queda el consuelo
de que no hace caso el cielo
de una maldición de tonto.
Y al cabo, en esta mansión
tan enojosa y desierta,
el tener una reyerta
proporciona distracción.
Pero es muy particular
que vuestro labio me afrente,

cuando vos únicamente
de vos os podéis quejar.
No a tontas y a locas hablo,
porque viene todo el mal
de vuestra afición al tal
Don Junípero o Don Diablo.

NICODEMUS

Habla con tono mejor
de tu futuro y de mí.

TERESA

¿Si querrá asustarme aquí
un cuñado?

NICODEMUS

Soy tutor.

TERESA

Novio tengo.

NICODEMUS

Rico soy,
y desprecio a un monigote.

TERESA

¡Ay si te pido mi dote!

NICODEMUS

¡Ay si las cuentas te doy!

Escena XIII

CIGARRÓN, NICODEMUS, TERESA.

CIGARRÓN

Señores, sin replicar
a un tiempo habéis de partir:
por allí vos a reír;
por aquí vos a rabiar. (*Vanse.*)

Gabinete de carácter gótico y construido con mármoles de color oscuro: una alcoba en el fondo.

Escena XIV

DON JUNÍPERO, CELESTINA, DAMAS y CABALLEROS.

JUNÍPERO *(Al acompañamiento.)* ¡Vaya! ¿Con que era tan tarde!
¡Quién lo hubiera imaginado!
Os estoy muy obligado.

CABALLEROS
Buenas noches.

JUNÍPERO
Dios os guarde.
(Vanse las damas y los caballeros.)

CELESTINA
¿No os cansabais de banquete,
y de bulla y confusión?

JUNÍPERO
Perdonad, si la función
ha durado un periquete.
O será que la alegría
hizo minutos las horas.

CELESTINA
Muy galán con las señoras
anduvisteis.

JUNÍPERO
Cual debía.

CELESTINA
Pero para mí, ni aun
tuvisteis una mirada.

JUNÍPERO
Dicen luego que es monada
propia de gente común.

CELESTINA
¿Qué miráis?

JUNÍPERO
Este habitáculo

que, por triste y melancólico,
parece algo antisimbólico
para nupcial receptáculo.

CELESTINA

Su luto característico
trocaré en gala magnífica;
pero en esta hora específica
sed, por Dios, menos artístico.
Aquí, de contento justo,
mi corazón desfallece.

JUNÍPERO

¿Pues y el mío? Si parece
que me muero...

CELESTINA

¿Eh?

JUNÍPERO

¡Pues!, ¡de gusto!

CELESTINA

¡Vuestro tono es tan glacial!

JUNÍPERO

Nace del respeto inmenso
que me inspiráis.

CELESTINA

Te dispenso...

JUNÍPERO

¿Qué?

CELESTINA

Todo ceremonial.

JUNÍPERO

(¡Llegó el tremebundo plazo!)
Sois tan buena...

CELESTINA

Que permito...

JUNÍPERO

¿Que me retire solito?

CELESTINA

¡Eh! Que me deis un abrazo.

JUNÍPERO

Vuestro pudor me acobarda
y me convierte en un hielo.

CELESTINA

¡Si supieras, picaruelo,
la fortuna que te aguarda!...

JUNÍPERO

Es tanta, que no resisto
su peso, que me derrienga.

CELESTINA

Esposo, abrazo y no arenga.

JUNÍPERO

(Cierro los ojos, y embisto.)
¡Uf!

CELESTINA

¡Ay!

(DON JUNÍPERO, aunque con repugnancia, abraza a CELESTINA, y al momento desaparecen las canas y arrugas y deformidad de ésta, lo mismo que su vestido rico, pero extravagante, quedando joven, hermosa y galana.)

JUNÍPERO

¡Qué veo! ¡Señora!
¿Sois vos mi mujer? Yo paso
por el trueque en todo caso,
y abonaré la mejora.

CELESTINA

Cumpliose la predicción.
Ya soy joven, sí: lo siento
en mi altivo pensamiento,
en mi ardiente corazón.
¡Y hermosa debo de ser,
tan hermosa como fui!

JUNÍPERO

Treinta años ha que nací,
mal os puedo responder;
pero aun sin saber yo nada
de vuestra edición primera,
me parece la postrera
corregida y aumentada.

CELESTINA

Quiero mirarme. Un espejo.

JUNÍPERO

Tomad, tomad.

CELESTINA

¡Oh ventura!

Volvió a mi tez la frescura:

ya el arrugado entrecejo

no marca la frente mía,

ni hay canas en mi cabeza;

mi pie cobró ligereza,

mi talle su gallardía.

Respondedme: ¿no es verdad
que soy bella?

JUNÍPERO

Como el sol,

y fresca como un perol

de cuajada en Navidad.

CELESTINA

¿No es cierto que no sentís
ahora ser mi marido?

JUNÍPERO

Siento el haberlo sentido.

He sido un chisgarabís.

Yo daré satisfacción,

aunque no la reclaméis.

CELESTINA

¿No es cierto que no valéis
para mí?...

JUNÍPERO

Ni un cañamón.

CELESTINA

¿Y que menos debo echar
al amante de Teresa?

JUNÍPERO

Cuestión personal es ésa:
yo me abstengo de votar.

CELESTINA

Pero, hijo, si os hizo Dios
tan idiota, que eso espanta.

JUNÍPERO

Siendo vuestra ciencia tanta,
desidiotizadme vos.

CELESTINA

Es que entonces mi poder
aventuro.

JUNÍPERO

Pues, amigo...
Hay que apechugar conmigo,
que al cabo sois mi mujer.

CELESTINA

No, no; mi felicidad
es primero: una porción
os daré de discreción
y dos de docilidad.
¡Hola!

(Sale del suelo un veladorcito con una copa.)

JUNÍPERO

¿Con que me queréis
mansito como una malva?

CELESTINA

Venid, os haré la salva
para que no receléis.

(Toma la copa y bebe; se la da luego a DON JUNÍPERO.)

JUNÍPERO

¡Qué maneras tan galantes!

CELESTINA
Bebed.

JUNÍPERO
Bebí.

CELESTINA
¿Qué será?
Su fisonomía está
tan estúpida como antes.

(Suenan voces dentro, que cantan al son de música funeraria.)

UNA VOZ
De mal de tontería
muere la enferma.

MUCHAS
El que tenga enemigos
que no se duerma.

CELESTINA
(¿Si habrá mi poder cesado?)

JUNÍPERO
¿Quién trajo a mi casa curas?

(Apáganse las luces del cuarto; húndese la mesita.)

¡Calla! ¡Nos dejan a oscuras
sin habernos acostado!

Escena XV

PENITENTES *enmascarados, que salen en dos filas, por los dos costados del teatro, cantando y con hachas encendidas;* DON JUNÍPERO, CELESTINA.

UN PENITENTE
Un capricho imprudente
todo lo arruina.

TODOS
Ya no valen los polvos

a Celestina.

JUNÍPERO

¿Qué demonios me dicen
éstos que cantan?

PENITENTES

Que se quedó tu novia

Per istam sanctam.

CELESTINA

¡Me perdí! ¡La ira me abrasa!

JUNÍPERO

Pero oyes: ¿estos sayones
a qué nos vienen con sonos?
¿Dónde estamos?

Escena XVI

LA LOCURA; *dichos.*

LOCURA

En mi casa.

CELESTINA

¡Qué veo! ¿Y me ha de vencer
una rival como aquélla?
Pero ¡ay! ¿A quién no atropella
la Locura con poder?

LOCURA

Mágica combinación
te volvió la mocedad;
pero también esa edad
te trajo la imprevisión.
Abriste al amor tu seno,
discreto esposo quisiste,
le diste a beber, bebiste,
y habéis bebido un veneno.
Tal fin reserva la suerte
a la ambición criminal.
Mirad el lecho nupcial

trocado en mansión de muerte.

CELESTINA y JUNÍPERO
¡Piedad!

LOCURA

En vano es pedir
lo que es inútil que ordene:
vuestro tósigo no tiene
más remedio que morir.
(Vanse los penitentes.)

Gabinete enlutado y baile de esqueletos que aparecen y desaparecen.

CELESTINA
¿Qué es esto, fortuna mía?

JUNÍPERO
Un gabinete mortuorio
y muertos que todavía
tienen gana de jolgorio.
(Baile de esqueletos.)

Escena XVII

CELESTINA, DON JUNÍPERO.

CELESTINA
¡Esposo!

JUNÍPERO
¡Mi serafín!

CELESTINA
¡Nuestro término es llegado!

JUNÍPERO
Se nos ha dicho rezado,
cantado, y en baile al fin.
Yo moriré; mas protesto
para el día de mañana,
que muero... de mala gana.

CELESTINA

¡Qué destino tan funesto!

JUNÍPERO

Dame en tus brazos lugar,
mientras mi aliento se trunca.
Como no me he muerto nunca,
no sé por dónde empezar.
Siento, a pesar del dolor,
que el duodeno me destroza,
que asido a una buena moza
se muere mucho mejor.
¡Ya la vista se me va!...
¡Ya descubro mil visiones!...
¡Figurillas!... ¡Figurones!...
¡Ay!, ¡ay!, ¡ay!

CARCAJADAS DENTRO

¡Ah! ¡Ja!, ¡ja!, ¡ja!

Vergel magnífico de LA LOCURA a la orilla del mar. Sale el sol e ilumina la escena.

Escena XVIII y última

*Dichos; LA LOCURA, en su solío; NICODEMUS, haciendo que se den las manos
GARCÍA y TERESA.*

CELESTINA y JUNÍPERO

¿Qué es esto?

LOCURA

Que aunque traviesa
os tengo ya compasión,
y os doy vida en atención
al enlace de Teresa.
Pero tú ten entendido,
Celestina, que de hoy más
únicamente podrás
hechizar a tu marido.

JUNÍPERO

Pregunto, cara de rosa,
¿y esta chica en adelante
se queda bruja cesante
sin sueldo?

LOCURA
No, poderosa.

JUNÍPERO
Pues con oro siempre a mano,
bien que sin polvos quedemos,
nosotros hechizaremos
a todo el género humano.

FIN